

8

Nº

DISCURSOS

LEIDOS ANTE LA

REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA

EN LA RECEPCION PÚBLICA

DEL EXCMO. SR. D. JOSÉ GOMEZ DE ARTECHE,

EL DIA 12 DE MAYO DE 1872.



MADRID,

IMPRESA Y ESTEREOTIPIA DE M. RIVADENEYRA,
calle del Duque de Osuna, número 3.

1872.

- 48 -

72
8



84

Centro de Cultura

MUSEO DE LITERATURA MILITAR

ESTADO MAYOR

SERVICIO HISTORICO



EJERCITO ESPAÑOL

Inscripción	Colocación	Sala
Clasificación		Estante 9
		Tabla 6
		Núm. 1.872
		48

Biblioteca de In

Inscripción...	Folio	150
	Número	4742

Clasificación..	División	
	Subdivisión	

Colocación....	Estante	18
	Tabla	3ª
	Número	10 (8)

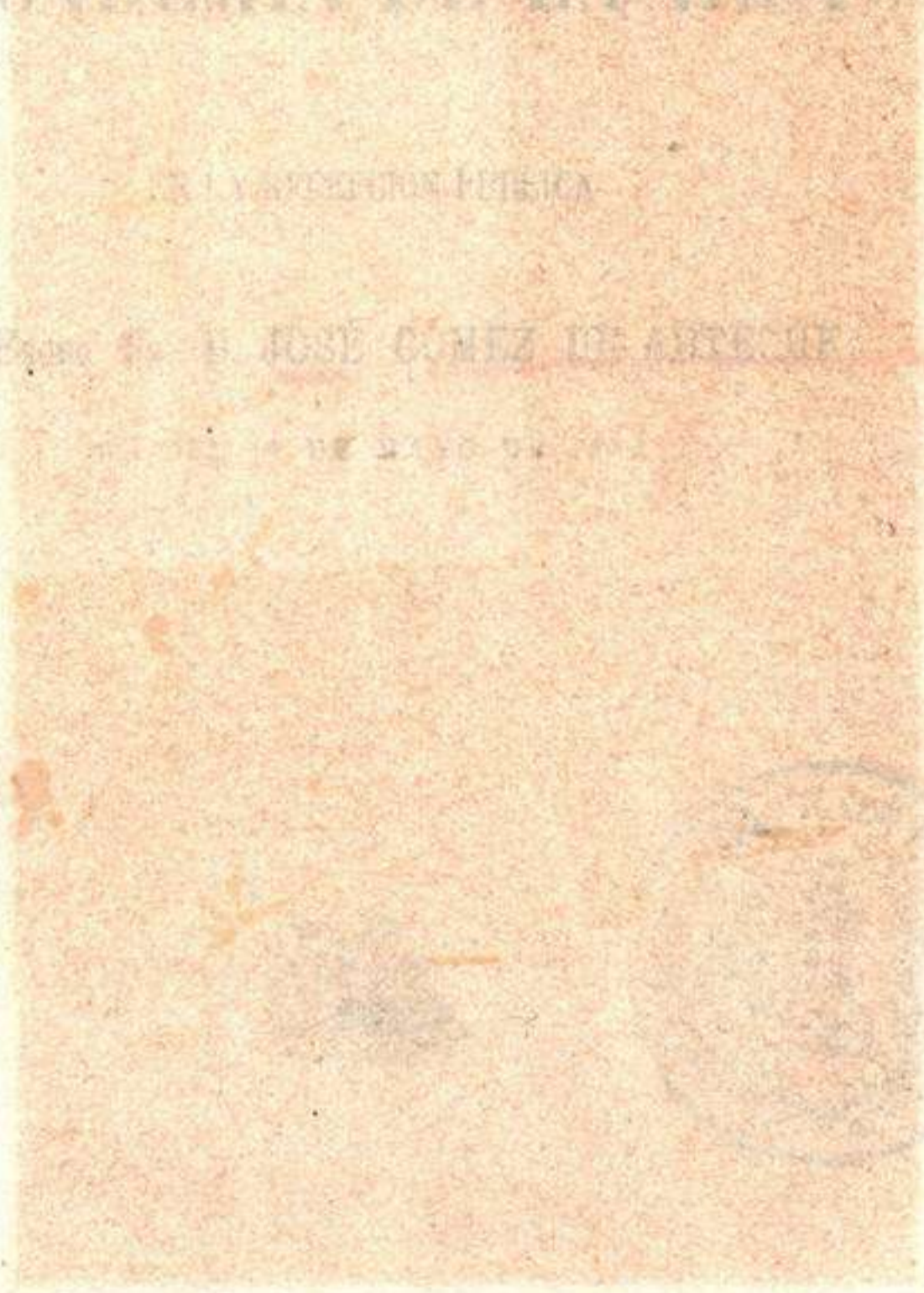
83/18373

BD2-2198
ML-R-34-C
1872/48

1872
48

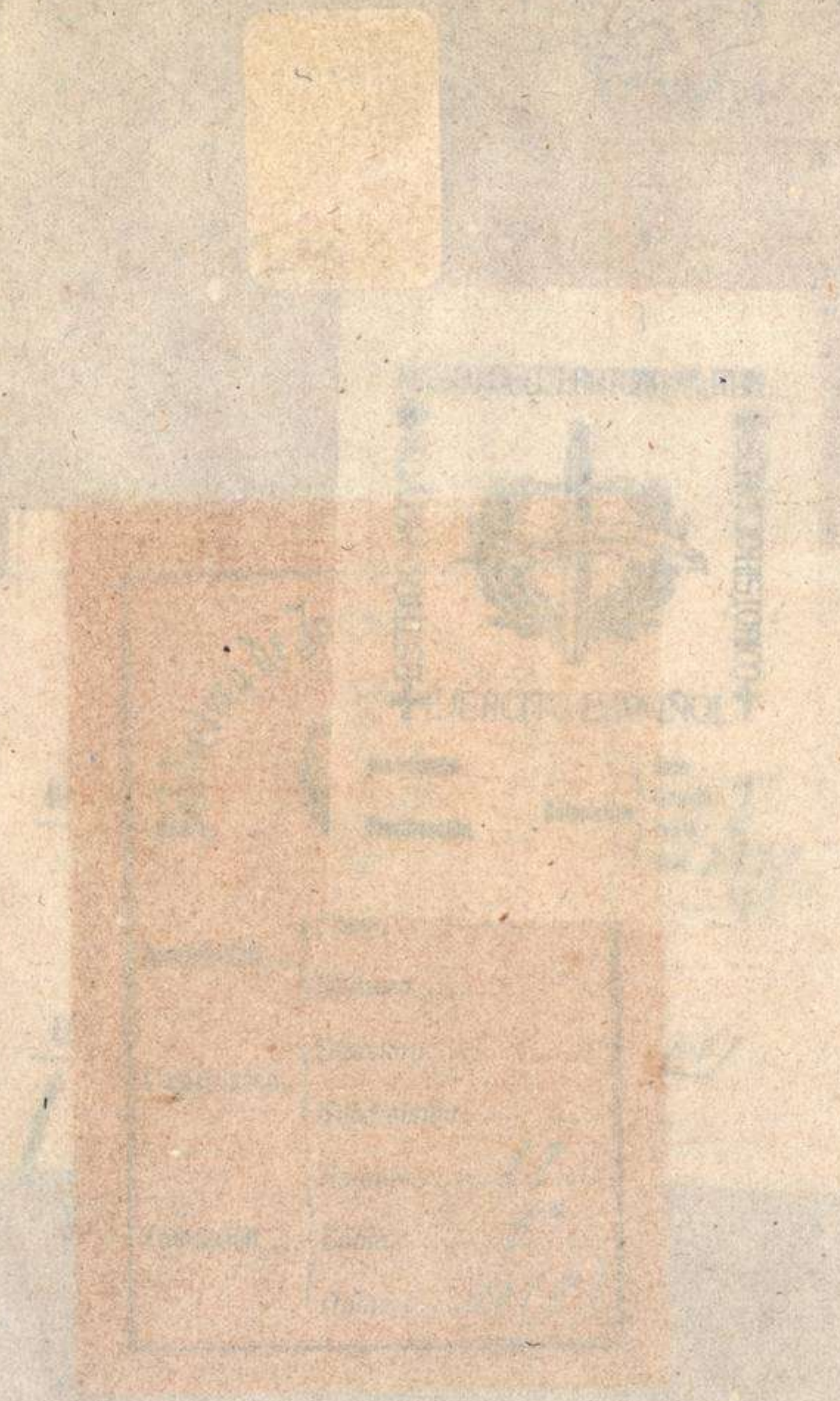
DISC

REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA



MADRID,

EN LA ESTEREOTIPIA DE M. RIVAPENYRA



DISCURSOS

LEIDOS ANTE LA

REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA

EN LA RECEPCION PÚBLICA

DEL EXCMO. SR. D. JOSÉ GOMEZ DE ARTECHE,

EL DIA 12 DE MAYO DE 1872.



MADRID,
IMPRESA Y ESTEREOTIPIA DE M. RIVADENEYRA,
calle del Duque de Osuna, número 3.

1872.

- 48 -

DISCURSOS

REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA

EN LA RECEPCIÓN PÚBLICA

DEL SR. D. JOSE BOMIX DE ARTECHE

EL DIA 22 DE MAYO DE 1972



MADRID

IMPRESA Y ESTEREOGRAFIA DE M. RIVADENEYRA

1972

DISCURSO

DEL

EXCMO. SR. D. JOSÉ GÓMEZ DE ARTECHE.

DISCURSO

Excmo. Sr. D. JOSE GOMEZ DE ARTECHE

SEÑORES :

El galardón ideal , único estímulo en España para quien dedica sus horas al estudio , es hoy para mí la realidad más grata. Estoy ante vosotros , en el santuario de la Historia, y no puedo creerlo todavía. ¿Cómo, pues, manifestaros la inmensa gratitud de que se halla poseída mi alma?

Empresa harto difícil , ¿qué digo? superior en mucho á mis fuerzas , es esta á que con ímpetu irresistible me impele el reconocimiento que vuestra indulgencia me inspira. Huyen de mi mente las ideas , y no responde la voz á las excitaciones con que el espíritu la instiga á proclamar el favor de que soy objeto y la pequeñez de mis merecimientos para obtenerlo.

Crece mi temor , Señores , al medir el vacío que me habeis llamado á llenar, en cuya extension , como en la de todos los que en vuestras filas abre la Parca inexorable , no es dado á mi flaqueza ni áun velar la sombra del que tan honrosamente le cubría.

Repúblico eminente , fácil orador y publicista notable,

el Excmo. Sr. D. José de Zaragoza se había distinguido en esta docta Corporacion, así por lo vasto de sus conocimientos históricos, como por una asiduidad y un celo, solo comparables á los que tanta celebridad le proporcionaron en la Administracion de la cosa pública.

Aún debiais esperar de aquella inteligencia perspícua una cooperacion más duradera; pero vinieron á arrebatárosela ese mismo ardor y ese celo con que se os había hecho tan apreciable y necesaria.

Habeis, de consiguiente, experimentado una gran pérdida, que mal podeis subsanar con la eleccion de ahora; y solo la ambicion de honra tan extraordinaria como la que en este dia recibo, y el deber que me impone, pueden animarme á intentar, ya que no su justificacion, su disculpa.

Y cierto que sería en mí propósito temerario el de buscarla en el exámen de un punto de nuestra historia nacional, si á él uniera yo la pretension de llevar á vuestro ánimo el convencimiento de verdades que con celo tan ilustrado tenéis investigadas, y esclarecidas con lucidez é ingenio superiores: no; yo no remonto mis aspiraciones á mayor altura de la en que se cierne el deseo, ardiente en mí, de inclinaros á recibirme con la misma benevolencia con que me habeis llamado á esta, por lo solemne, ocasion imponente, llena de riesgos para quien no encuentra sino obstáculos en el camino de sus aficiones literarias.

Por eso necesito llamar en mi ayuda á esa misma historia española que, por lo fecunda, jamas niega á quien á ella acude con celo generoso el auxilio de su luz; pidiéndosela para uno de los innumerables rasgos que la hacen tan interesante, el que más grato pueda ser á vuestro pa-

triotismo y mejor satisfaga el anhelo con que investigais la verdad histórica.

Yo tambien, y cual vosotros al calor de impulsos tan irresistibles, he corrido en busca de esa verdad, sintiendo á veces el placer de reconocerla tras los montes de calumnias y por entre el denso velo de sofismas con que intentaban ocultarla los que en ella encuentran el reflejo de su vencimiento ó el de su orgullo envidioso y egoista; y, si no en toda su esplendidez, que no pueden resistirla los ojos de mi entendimiento, en una parte al ménos de su brillo, he llegado á contemplar los grandes sucesos de nuestra gloriosa guerra de la Independencia, discos ingentes que enemigos y émulos han tratado de encubrir con nubes mentirosas en el vasto espacio de la Historia.

Bailén, compendio el más elocuente de nuestras glorias modernas; Zaragoza y Gerona, ecos de aquella voz poderosa que hacía temblar á las legiones romanas; San Marcial y cien otros nombres, á cuyo solo recuerdo veo dibujarse en vuestros semblantes las señales del entusiasmo que en mi corazon excitan, presentan, con efecto, campo y objeto para ofreceros un espectáculo cuya magnificencia oculte la escasez, en mí natural, de medios de observacion. Pero aún acudo, cada vez más desconfiado en mis propios recursos, á los con que me brinda un asunto tan patriótico como el de los sucesos que acabo de citaros, de memoria perdurable, y que pone de manifiesto las cualidades más relevantes de nuestro carácter nacional: la expedicion de los españoles á Dinamarca, á las órdenes del insigne Marqués de la Romana.

No extrañaréis la eleccion seguramente. Mis inclinacio-

nes, el ejemplo de un padre (permitidme este recuerdo) actor voluntario é infatigable en el glorioso drama de la independencia española, y la carrera, en fin, á que he dedicado el espacio todo de mi vida, me han llevado irresistiblemente á los estudios militares, y, entre sus variados ramos, al de la historia de nuestro ejército. Miembro, aunque uno de los últimos, de la milicia española, llamado á esta ilustre Asamblea para hacer en ella su representacion más numerosa, ya que no pueda serlo más digna, he de pagar á aquella segunda madre la deuda que todos sus hijos contrajimos al jurar sus enseñas, la de defenderlas, como de los enemigos de la patria, de las calumnias con que el ódio y la envidia han intentado mancharlas.

Y no es, con efecto, la gloria conquistada por nuestros compatriotas en la ocasion de su salida de Dinamarca la que ménos hayan disputado los émulos de España en la guerra de la Independencia, que, con atribuirle á negligencia de los unos ó á la ayuda todopoderosa de los otros, han creido reducir un acto sin ejemplo en la historia moderna á las proporciones de la más ordinaria y frecuente en las vicisitudes de la guerra.

Resplandecieron, sin embargo, en aquella fuga admirable caracteres tan sobresalientes de patriotismo, de habilidad y de energía, que no es dado á la memoria evitar su comparacion con la gloriosa empresa de los compañeros de Jenofonte, y la, aunque no más celebrada, tan feliz al ménos, de nuestros Almogávares, cuando, abandonando el servicio del emperador Andrónico, se dirigieron á plantar sus barreos pendones en la Acrópolis de Atenas.

Voy, pues, á acometer la narracion de ese suceso, el más

elocuente acaso de cuantos, en honor de España, produjo la invasion francesa de 1808; pero, al dedicárosela en cumplimiento de un deber, creed que no á vosotros, Señores Académicos, sino á los enemigos de nuestra patria la dirijo, y á los que, ménos afortunados tambien, no han podido enorgullecerse con los interesantes pormenores que, como á aquéllos el despecho, ha ocultado á éstos la ignorancia.

Porque, á pesar de la negligencia española, existen todavía documentos, cuya importancia solo puede atreverse á desconocer quien se niegue á todo propósito de veracidad y de justicia, inéditos unos, otros ocultos en publicaciones de carácter general que los ha hecho pasar desatendidos; y aun los hay, Señores, que si han visto la luz, ha sido en idioma distinto del usual de sus autores, hasta en el de nuestros enemigos de entónces. Hay, ademas, noticias en alto grado interesantes, de esas inapreciables, que un oido en que resuenan armónicamente las melodías patrióticas recoge con avidez, que forman tradicion curiosísima de aquella gloriosa jornada, rebosando de verdad, llena de encanto, y que no, por ser tradicion, debe haber quien tema verla reproducida en un libro de historia. Que la tradicion, ya lo sabeis todos, es fuente de la historia, raudal exuberante que va recogiendo en su lecho las aguas de la vida de los pueblos, bien por el vehículo de las individualidades, bien por el de las muchedumbres en sus grandes manifestaciones. La fuente es, á veces, copiosa, y se la reconoce con facilidad, y á veces se oculta en las nieblas del tiempo ó en las malezas de la inteligencia; pero el ruido que hacen escuchar sus aguas demuestra siempre un manantial que no

existiría si ellas no existiesen. La corriente va en ocasiones clara, y todos beben y se refrigeran en ella : cuando va turbia, hay quienes la desprecian, sin descubrir entre aquellas ondas salobres y oscuras la trasparente y sabrosa de su principio. Es preciso ir entónces remontándose con gran cautela, hasta dejar de espaldas ó de lado las quebradas y barrancos donde ha ido perdiendo el manantial su limpidez primitiva.

La expedición del Marqués de la Romana reconoce su origen en la apremiante necesidad de allegar refuerzos al ejército frances en su campaña de 1807 (*), y en la conveniencia, preconizada por los hombres de estado, indubitable para Napoleon, de enflaquecer á sus aliados más tibios para el dia de una combinacion política de las que tantas y tan grandiosas revolvía aquel genio singular en su mente acalorada.

Y que no debía inspirarle confianza la amistad que tanto le ponderaban el monarca español y su valido, se lo acababa de revelar la desacordada proclama de 6 de Octubre de 1806, en que las nebulosidades con que se pretendía encubrir el pensamiento del Gobierno, ni á disfrazar servian los proyectos belicosos que entrañaba tan torpe documento, más que para darle el carácter de una declaracion de guerra, puede decirse que embozada y vergonzante.

(*) La urgencia con que Napoleon reclamaba de nuestro Gobierno el envío de la division española, revela bien elocuentemente esa necesidad. Uno de los párrafos del tan conocido despacho de 25 de Marzo de 1807 dice así: « Si se quiere llevarlo á cabo, es necesario que á las veinte y cuatro horas de hecha la demanda se ponga en camino la division que se encuentra en Toscana, así como los 3.000 hombres de caballería..... Si no lo quieren, *todo se acabó.* »

El Emperador, que desde 1801 abrigaba el proyecto de destronar á los Borbones, disimuló en Berlin como en la ocasion de la paz de Badajoz, áun manifestándose ahora, cual entónces, herido y pronto á la venganza; y brindándole la sangrienta jornada de Eylau con el pretexto, digo mal, con la prueba de una necesidad perentoria de refuerzos para la campaña siguiente, exigió de España el de una division de quince mil hombres con destino al litoral del Norte, donde los ingleses podrían intentar un desembarco (*).

(*) CUERPO DE EJÉRCITO ESPAÑOL EN ALEMANIA.

ESTADO de su fuerza efectiva en 1.º de Marzo de 1808.

ARMAS.	CUERPOS.	Capitanes.	Subalternos.	Tropa.	Caballos.
INFANTERÍA DE LÍNEA.	Regimiento de Zamora.	12	48	2.107	»
	R. de Guadalajara.	12	48	2.093	»
	R. de Asturias.	12	48	2.114	»
	R. de la Princesa.	10	47	1.986	»
	Batallon 1.º Cataluña.	12	24	1.169	»
ID. LIGERA.	B. de Barcelona.	12	24	1.274	»
		70	239	10.743	»
CABALLERÍA.	Regimiento del Rey.	10	20	638	486
	R. del Infante.	10	18	624	522
	R. de Algarbe.	10	20	577	482
DRAGONES.	R. de Almansa.	10	20	611	535
	R. de Villaviciosa.	9	20	639	469
		49	98	3.089	2.494
	Real cuerpo de Artillería.	4	8	303	356
	Real compañía de Zapadores.	2	3	103	»
	TOTAL GENERAL.	125	348	14.238	2.850

Fué ademas un numeroso Estado Mayor de oficiales de todas las armas. —El presente cuadro es oficial, y se ha estampado, á pesar de su fecha, porque en la de la organizacion de aquel ejército no reunía la fuerza que se indica. Aun en Marzo de 1808 había fuerzas en marcha.

En Alemania ya todos los cuerpos de la division, así los que á través de la alta Italia, del Tirol y de Baviera iban de Etruria, único albergue entónces de los Borbones en el continente italiano, como los que por los dos extremos del Pirineo habian seguido los caminos de Lyon y de Burdeos, tomaron con el Marqués de la Romana, su general en jefe, á la cabeza, la direccion del Elba, para acantonarse en las ciudades de Hamburgo y Altona, situadas una junto á otra, allá donde aquel rio entrega al mar del Norte el caudal abundoso de sus aguas.

No os parecería oportuna en ocasion como ésta la relacion de la marcha: solo interesa por ahora saber que de todos lados recibieron nuestros compatriotas las muestras más significativas de admiracion y de afecto; demostraciones que justificaron muy pronto combatiendo, así los infantes de Cataluña y Guadalajara como los dragones de Villaviciosa, en el glácis de Stralsund, con tal ardimiento, que el general frances, encargado de las operaciones del sitio, se apresuró á calificarlo de *gallardía* y *valor* en la orden general del ejército (*).

A la honra de la participacion en los peligros, no quisie-

(*) « Habiendo recibido los dos referidos cuerpos (Cataluña y Villaviciosa) orden del general frances para adelantarse hácia la plaza, lo verificaron, apoderándose de los retrincheramientos avanzados del enemigo, desalojándole y persiguiéndole hasta las inmediaciones de la estacada, y obligándole á encerrarse en el recinto de la plaza. — Duró la accion desde las dos de la mañana hasta las nueve; y despreciando las tropas del Rey el vivo fuego del fusil y cañon enemigo, y arrostrando con denuedo los riesgos, ocuparon dichos puntos, quedando situados en ellos. »

(Parte oficial.)

ron los generales franceses añadir la del triunfo, negándosela á nuestros compatriotas con dirigirlos, empezadas las negociaciones de la rendicion, á reunirse con sus camaradas en Hamburgo. Que las águilas imperiales no podian soportar el peso de otros laureles que los de *la Gran Nacion*, avara siempre de ellos y siempre celosa de los de sus aliados.

Tenemos, pues, la division española tocando á su destino, el litoral del Norte, y dedicada con el mayor afan á practicar los ejercicios tácticos de las armas que la componían, iguales á los con que Napoleon acababa de vencer á quienes podían vanagloriarse de haberlos inventado y puesto á prueba en los campos de batalla.

En esta ocupacion, en dar muestra de que no era sin fruto en las diferentes paradas y revistas que se complacía en pasar al ejército el Príncipe de Ponte-Corvo, mariscal Bernadotte, que gobernaba las ciudades Anseáticas en nombre del Emperador de los franceses (*), y en las diversiones con que el vecindario de toda aquella rica comarca se desvivía por obsequiar á los españoles, alcanzó á éstos la primavera de 1808, en que los planes de Napoleon los alejaron de país tan ameno y hospitalario para engolfarse en el dédalo de islas y de bosques del antiguo *Kersoneso Cimbrico* (**).

(*) « A pocos meses, dice en un curiosísimo opúsculo el entonces capitán Don José Agustin de Llano, compitieron en ellas los españoles con todos y en todos ramos, y Villaviciosa brilló en la última por su aseo, á pesar de que le tocó formar al lado del regimiento de Caballos Belgas, que tenía mil plazas y acaso era el más hermoso del ejército frances.»

(**) Decia una correspondencia de Hamburgo :

« Los calores extraordinarios de este verano les han hecho hasta aho-

Ibase, entre tanto, consumando en España el acto de expoliación más inicuo de cuantos registra la historia haberse cometido con un soberano legítimo y un pueblo independiente.

No se revelaba todavía en el emperador Napoleon el proyecto de unir la España á su sistema dinástico: nuestros monarcas seguían cifrando en él, lo mismo que sus esperanzas de apoyo en la lucha interior que hacía meses se había iniciado en la familia Real, la confianza más ciega en que habían de respetarse los fueros de su independencia. Tan ajenos de sospecha se hallaban en este punto, que Carlos IV y su hijo D. Fernando se creían obligados á apelar de sus recíprocas querellas al fallo del grande hombre, cuyo superior talento así había de reconocer el derecho de cada uno de ellos, como el interes del imperio en una España fuerte, y, como tal, respetada en Europa. El padre acudía á Napoleon para contener al Príncipe en los proyectos que sus propias observaciones ó las de Godoy le atribuían, y D. Fernando buscaba en una alianza imperial la fuerza que veía faltarle contra las iras paternas y la ambición desaforada del valido. Con palabras dulcísimas de esperanza, y con obsequios que mal podían significar pensamientos aviesos, ni siquiera indiferencia, sostenía el Emperador con D. Carlos la influencia mediadora que iba á hacerle, así lo suponía, árbitro de la suerte de España; y si no respondía al Príncipe de Asturias, en Madrid se hallaba un

ra soportable nuestro clima; pero ya empiezan á arroparse con sus capotes. Por lo demás, son tropas valientes, siempre alegres y entretenidas en juegos y ejercicios nacionales.»

Beauharnais con el doble carácter de embajador y de pariente de la Emperatriz, que no perdía ocasión de alentar al inexperto jóven en sus ambiciosos intentos. Y cuando al estallido de la ira popular contra el favorito del anciano monarca, se alzaba, como de rechazo, al trono de las Españas el tan deseado D. Fernando, Napoleon, sin descubrirlos todavía, pero considerándolos ya maduros, creyó deber principiar la ejecución de sus planes con el llamamiento de la familia Real española al tribunal de su poderío.

Unos con la esperanza de su rehabilitación ó por vengarse de la reciente caída, otros por temor á la omnipotencia del César frances, y todos torpemente engañados, acudieron á Bayona, el soberano que acababa de abdicar y su consorte, el recientemente alzado sobre el paves entre las aclamaciones unánimes de los españoles y su hermano don Carlos, Godoy, por último, arrancado á los tribunales de orden del mismo Emperador, que tan quejoso se mostraba de sus intrigas. Todos, hay que repetirlo, fueron engañados por el cálculo, el miedo ó las falaces promesas y amistosas reticencias del Emperador y sus agentes en España: solo el pueblo de Madrid reconoció el lazo que, apretando á sus soberanos, debía ahogarle; y con la ira en el pecho y el anhelo de rechazar el negro ultraje, al reto del detentador respondió con el grito, siempre contestado en las montañas ibéricas, de ¡Guerra y Venganza!

¡Qué contraste, Señores, entre los que por ambiciones, más ó menos legítimas, abandonaban al país para someterse al arbitraje humillante del extranjero, siquier fuese el del hasta entónces nunca vencido Emperador de los fran-

ceses, y los pocos patriotas que, rodeados de innumerables batallones, se atrevían á salir con las armas en la mano por los fueros de la nacion!

La chispa del Dos DE MAYO pareció á los que desde aquel dia habían de considerarse enemigos de España, haber sido sofocada en la sangre, tan abundantemente vertida por las calles de la capital; pero sirviendo en Bayona para poner de manifiesto los proyectos de Napoleon, fué para los españoles de 1808 la hoguera que á sus antepasados señalaba la proximidad de los invasores y el principio de los combates.

Su resplandor se trasmitió á las provincias, y atravesando las regiones septentrionales, cubiertas con la bruma espesísima de la suspicacia francesa, fué á despertar en nuestros expedicionarios de Dinamarca el sentimiento mismo de la patria que ya abrasaba á sus hermanos de la Península.

Antes, sin embargo, del brillante y, á la par que glorioso, desconsolador suceso del Dos DE MAYO, corrian en Hamburgo y los cantones inmediatos rumores que nada bueno auguraban para la suerte de nuestra España. El General en jefe, aún con disfrutar entónces de la benevolencia del Príncipe de la Paz, ignoraba, como el último de sus subordinados, la sorda intriga de que era teatro el Palacio Real, las vacilaciones que en él se sucedian al compas de las que en el ánimo de Napoleon engendraban las noticias de sus agentes, y el giro, en fin, que iban dando á la opinion pública entre sus compatriotas la fuga de los Braganzas al continente americano, la conducta de Junot en Lisboa y el cambio de direccion impreso á los varios cuerpos de ejército franceses que, en vez de la de Portugal, autorizada por el

necio tratado de Fontainebleau, tomaban la de Madrid y otras capitales importantes de la monarquía española.

Era hombre el Marqués de la Romana (*) de ideas muy levantadas, enemigo ardentísimo de la Francia, aún habiéndose educado en ella, sin duda por conocerla y por haberla combatido con fortuna y gloria en la última campaña, denominada generalmente de la República. Apasionado por lo antiguo, con el mismo ardor con que se entregaba á la lectura de los clásicos, había procurado adquirir la resistencia corporal y las dotes que distinguían á los grandes hombres de los tiempos heróicos; siendo esto, quizá, el origen de las singularidades y de la distracción que sus contemporáneos le achacaban. Ilustrado, valiente y generoso, la bondad y llaneza con que á todos trataba permitían á su lado influencias que en ocasiones podían debilitar su autoridad y hasta comprometer la fama, tan sólidamente cimentada, de su patriotismo. Cuando llegase una época de crisis suprema, de esas en que la menor perplejidad mata una causa y produce la ruina de una reputación, el Marqués de la Romana, como el león dormido en la confianza de su fuerza, sacudiría la indolencia á que tan frecuentemente se inclinaba, rompería las trabas con que el miedo y la ignorancia pretendieran contener sus nobles instintos, y despreciando las amenazas como los halagos, se decidiría á las resoluciones más patrióticas y arriesgadas.

(*) «El Marqués, dice el reverendo James Robertson, era un poco bajo, pero tenía un aire de dignidad y una mirada que revelaban penetración profunda y fría reflexión. Sus maneras eran distinguidas, pero sin la repulsiva altanería que se atribuye á sus compatriotas.»

No había llegado esa época; se encontraba todavía en la de los presentimientos, y no le preocupaban poco los que no podía menos de abrigar quien asumía responsabilidad tan grande. El silencio misterioso, calculado indudablemente, que observaba en la correspondencia de Godoy respecto de los asuntos de España, á cuyo conocimiento creía él tener un derecho preferente, embargaba su atención á punto de que ántes de salir de Hamburgo, pero cuando ya sabía el destino de la division de su mando á las costas dinamarquesas, despachó, con pliegos para nuestro Gobierno, á dos de sus ayudantes de campo, D. Luis Moreno y D. José Agustin de Llano, más que como portadores de su correspondencia, para estudiar, especialmente el segundo, el estado político de España.

Llano regresó el 24 de Junio al cuartel general, establecido ya entónces en la isla de Fionia; y con él se incorporaron al ejército el teniente coronel de Zamora y el, despues tan celebrado por sus hazañas y gloriosa muerte, coronel D. Martin de la Carrera, testigos los tres de la sangrienta jornada del Dos DE MAYO.

El efecto que sus noticias produjeron fué cual era de suponer, por más que áun cuando muy desfiguradas se hubiesen ya abierto paso entre las filas de los regimientos, triste primero, de la más amarga desesperacion despues, y por fin, irritante hasta inspirar las resoluciones más temerarias.

Hasta mucho más tarde, sin embargo, pocos pensaron en la que más probabilidades podia presentar de éxito, por remotas que fueran: era necesario que la Providencia, presente en aquella, como en las grandes crisis de las sociedades humanas, hiciera brillar la luz á la vista de nuestros

compatriotas, que la saludarían como á faro de su salvacion en aquella deshecha borrasca.—No les era dable entónces cifrar esperanza alguna en la situacion en que los habian colocado los proyectos del Emperador, la vigilancia de Ponte-Corvo y la presencia de ejércitos, cada uno incomparablemente más numeroso que el suyo.

No temais la ofensa de una descripcion geográfica de Dinamarca y sus islas; lo que voy á intentar es la enumeracion tan solo de los lugares en que la perspicaz desconfianza del mariscal Bernadotte habia acantonado á los españoles para, así divididos, tenerlos, puede decirse, inermes y encadenados.

El cuartel general, establecido al principio en la capital de Fionia, pasó con la artillería á Nyborg, uno de los puertos más concurridos de la isla, y en los de Faaborg y Svendborg se situaron los regimientos de Villaviciosa y Barcelona. Los dragones de Almansa que, con Guadalajara, la Princesa, Zamora, el Rey y el Infante, habian continuado su marcha por Jutlandia hasta latitudes, las boreales más altas que hubiera alcanzado ninguna tropa española, descendieron para pasar el Pequeño Belt y situarse en Odensee, como la Princesa para repartir sus batallones en Kierteminde y Nyborg, en Assens y Middlefaart. Algarbe, Rey, Zamora é Infante quedaron en el continente, el primero en Horsens y los restantes en puntos próximos á Kolding, poblacion opuesta en el Pequeño Belt á Middlefaart; pero Guadalajara fué destinado, en union de Astúrias, á Zeelandia, y Cataluña atravesó el Gran Belt para guarnecer la isla de Langueland, ocupada por un destacamento frances y algunas tropas dinamarquesas.

Parecía haberse querido observar el Cattegat hasta el Lym; pero poco despues, sea para dar alguna apariencia de verdad al proyecto de desembarco en Suecia, sea para proteger á Dinamarca de un nuevo ataque de los ingleses, y mejor aún, con el objeto de tener más á la mano los regimientos españoles en que se notaban síntomas de descontento, Bernadotte, entrado ya el mes de Junio, los situó en los puntos que os acabo de indicar, inspirado, sin duda, por el númen tutelar de España para la salvacion de aquel ejército (*).

Seguian los ingleses recorriendo el Gran Belt, casi desembarazado, lo mismo que el Sund y el Báltico, de los hielos de otros años; y se habia hecho tan difícil la comunicacion entre las islas, que el regimiento de Guadalajara, que habia pasado á Fionia por Taarup, hubo de, en vez de atravesar directamente el Gran Belt por Klaiskou, como tuvo Astúrias la fortuna de efectuarlo, cruzar el canal de Svendborg á la isla de Fassing, de ésta á la de Langueland, despues, y pasando á media noche entre los buques británicos, á la de Laland, y más tarde á las de Fálster y Zeelandia (**).

(*) Decia Napoleon á Berthier en 13 de Abril:

» El Príncipe de Ponte-Corvo debe..... dispersar la caballería para la defensa de las costas; dispersar los españoles en las islas para la defensa de Fionia y los demas puntos.....»

Y más adelante añadía: «Haréis conocer al Príncipe de Ponte-Corvo que las tropas españolas merecen alguna vigilancia; que es necesario aislarlas de manera que en ningun caso *puedan hacer nada*.

(**) Estos movimientos procedian de órdenes terminantes del Emperador, dictadas en el despacho anteriormente citado de 13 de Abril. En él se prevenía categóricamente al Príncipe que hiciese pasar á Zeelandia dos

¿Era así posible la conquista de Suecia? (*). ¿Podía ni siquiera hacerse con éxito la defensa de Dinamarca si los ingleses intentasen de nuevo un ataque formal? Podrían sostenerse algunas plazas, y el incendio de Copenhague demostraba lo contrario; pero el país en general estaba abierto á las irrupciones y estragos de la Señora de los mares. El movimiento último de los españoles no obedecía, pues, á otro móvil que el de tenerlos más cerca del cuartel general frances, divididos lo suficiente y vigilados también por el ejército dinamarques, distribuido por completo en las islas más importantes. Lo que, al ordenarlo, no había calculado el general Bernadotte, era que acercaba sus descontentos aliados al centro objetivo de las expediciones inglesas, allí donde la vista de una escuadra numerosa había precisamente de incitarles á ponerse en comunicacion con ella.

Ya comprenderéis el estado en que se encontraría cada uno de los cantones españoles. Las noticias de la Península, desfiguradas y todo en los periódicos franceses, no dejaban de dar cierta autoridad á las contradictorias que, áun escasísimas, llegaban á conocimiento de los oficiales y hasta

regimientos españoles y todos los oficiales de artillería, ingenieros y estado-mayor que pudiera necesitar el Rey de Dinamarca.

(*) El mismo Napoleon, que tanto hablaba de ella, decía á Talleyrand el 23 de Abril: «Ya comprenderéis que, despues de todo, yo no podía cometer la ligereza de enviar mis soldados contra Suecia, y que no es allí donde se hallan mis intereses.»

Esto despues de un minucioso cálculo de las fuerzas que podría enviar á aquella península y de los trasportes necesarios para ponerlas en tierra, y de manifestar que al año siguiente, en que sería regular tuviesen mayor consistencia los hielos del Báltico, podría ejecutarse mejor aquel proyecto.

de los soldados (*). No bastaban las frecuentes órdenes del General en jefe frances á desvanecer las sospechas de su certidumbre ni ménos á tranquilizar los ánimos; por el contrario, los importantes sucesos que Bernadotte hacía en ellas públicos, servían de confirmacion á esos vagos rumores que por conductos que podrian considerarse misteriosos trasmite siempre la desgracia, y de incentivo, no ya solo al descontento, sino tambien á las murmuraciones más atentatorias á la disciplina. ¿Qué más? Cuanto más tristes y de mayor trascendencia eran las nuevas que las órdenes generales contenían, como única verdad de lo que pasaba en Bayona y en Madrid, ménos fe merecian á nuestros compatriotas, más les irritaban; y sin la confianza que á todos inspiraba, el Marqués de la Romana hubiera corrido el peligro de ver torcidamente interpretada la correspondencia que no podía ménos de seguir con Ponte-Corvo y los representantes del nuevo soberano. Los obsequios que el Príncipe no cesaba de dirigir al Marqués, de condecoraciones, armas y equipos, llegaron á ser, áun así, á los ojos de los más suspicaces, la recompensa de su adhesion á la

(*) Cuando el Emperador tuvo noticia de la revolucion de Aranjuez, hacía decir á Bernadotte *que la tuviera secreta todo el tiempo que le fuese posible*. «Hablará de esto, añadía, con el comandante en jefe de las tropas españolas, y tomará todas las medidas que crea necesarias para que los últimos acontecimientos no produzcan mal efecto en los soldados. El ódio que esas tropas, como todos los españoles, sentían hácia el Príncipe de la Paz, les hará, indudablemente, agradable esta noticia; pero, como me aseguran que hay un partido favorable al rey Carlos IV, que se ha visto obligado á abdicar, y *sería posible que el Príncipe de Asturias no tardase en hacerlo tambien*, es necesario ocultar, lo más que se pueda, á esas tropas el conocimiento de aquellos sucesos.»

dinastía que trataba de implantarse en España (*); y era rara la manifestacion oficial, ó la órden trasmitida á los regimientos, que no encontrase algun censor acerbo, algun intérprete desfavorable á la honra del Comandante en jefe. Como si en la extraordinaria situacion de aquel ejército pudiese, quien llevaba sobre los hombros la responsabilidad de su salud, precipitarse á comunicar, ni aun confidencialmente, pensamientos y propósitos cuyo inmediato resultado hubiera sido el de hacer imposible todo camino de salvacion (**).

No es, la presente, ocasion para analizar las comunicaciones y órdenes emanadas del cuartel general de la division española hasta la época del juramento; pero bien puede asegurarse que circunscritas en su mayor parte á dar á conocer los sucesos que tenían lugar en Bayona y al mantenimiento de la disciplina en los cuerpos, nadie que las estudie con ánimo sereno las encontrará encaminadas á un fin que no sea, atendidas las circunstancias, político, noble y hasta patriótico.

¿Era dable al Marqués de la Romana desentenderse de las disposiciones que, respecto á su division, dictaba el Príncipe de Ponte-Corvo? ¿Hubiera sido en él prudente ni hábil rechazar los regalos de aquel general? ¿Se hallaba,

(*) John T. Jones, en su *Account of the war in Spain*..... dice así en una nota: *It was hinted more than once to the Marquis de la Romana, that a principality might be the reward of a steady attachment to Joseph.* (Se insinuó más de una vez al Marqués de la Romana que un principado podría ser la recompensa de su adhesion firme á José.)

(**) Don Estanislao Sanchez Salvador dice, sin embargo, que en casa del Marqués se leían con entusiasmo las cartas de España.

por ventura, en el caso de Castaños cuando, para atraerlo al partido bonapartista, se le ofrecía el vireinato de Méjico?

Por otra parte, ¿cabía el que se espontanease con sus subordinados á punto de comunicarles sus ideas y proyectos, ni aún sus dudas y desconfianzas? Él, tan instruido, ¿ignoraría el efecto que habian de producir sus confidencias, y la publicidad que, á no dudarlo, obtendrían en el momento de hacerlas?

Si os cupiese en esto alguna duda, esperad unos instantes, y veréis cuán á punto estuvo de frustrarse el plan de evasion, con tanta fortuna preparado, por la indiscrecion del mismo que tuvo la gloria de iniciarla.

La Constitucion, tan irregularmente elaborada en Bayona, estatuíá el juramento de las tropas al Rey, y el general Bernadotte recibió el encargo de exigirlo á las de la division de Dinamarca. Fueron elegidos para llevar las órdenes dos oficiales de nuestro ejército, Franco y Ciran, jefe el primero de una guardia de honor que el Príncipe había tenido la hábil galantería de formar con soldados del regimiento de Zamora y algunos caballos del del Rey, y teniente el segundo, agregado al Estado Mayor del Mariscal.

Parece que había de bastar uno para tal comision; mas el hombre que poseía artes con que alcanzar un trono, y artes con que mantenerse en él cuando llegase la hora para los de la familia Bonaparte, no había de seguir el camino recto en los derroteros de su conducta. Dió á Franco las órdenes dirigidas al general Kindelan, que se hallaba al frente de las tropas acantonadas en Jutlandia, y con la de

una reserva absoluta sobre esa circunstancia, entregó á Círran las que dictaba al Marqués de la Romana y al general Fririon, que tenía á su cargo los regimientos de Asturias y Guadalajara en Zeelandia. No se observaba el procedimiento marcado en todos los reglamentos militares, general, como no puede ménos de serlo, en los ejércitos, el de la trasmision de las órdenes por las escalas jerárquicas de la Milicia. El general Kindelan, segundo jefe y nada más de la division española, recibía y, lo que es peor para su reputacion militar, daba, sin consulta, cumplimiento á disposiciones que ni emanaban ni le iban por el conducto de su comandante en jefe; y á éste se ocultaba un proceder tan anormal y que no podría ménos de lastimarle, si no sirviese á acreditar la desconfianza, que tanto le honra, del representante del Emperador de los franceses en aquellas regiones.

No falta entre los cronistas de la expedicion quien diga que el Marqués no se mostró hábil en el cumplimiento de aquella órden tan preñada de obstáculos. En vez de reunir á los jefes y, consultándoles sobre la disposicion de ánimo de sus subordinados, convenir en la redaccion de una fórmula digna, cual, por fin, llegó á fijarse, y en el modo de hacerla adoptar por oficiales y tropa sin manifestaciones que rebajáran la dignidad, siempre necesaria, del mando, dícese que redactó, llevado de consejos de más que dudosa respetabilidad para los impacientes, la norma de juramento ménos adecuada á las condiciones extraordinarias en que se hallaba el ejército (*). La presencia de los jefes y sus re-

(*) Don Ambrosio de la Cuadra, mayor entónces de Cataluña, es

presentaciones le hubieran efectivamente inspirado la idea de ganar algun tiempo por consultas en que, manifestando al Príncipe lo inusitado de tales juramentos en la milicia española, le demostraran la inconveniencia de iniciar su costumbre en el estado de ánimo de unos soldados que nada más sabían de su patria que las noticias oficialmente trasmitidas, y, cuando no, para disponer las tropas á un acto tan contrario á sus aspiraciones, de un modo más autorizado y seguro que por emisarios acaso desconocidos entre ellas (*).

quien, en un manuscrito existente en el archivo de la Direccion de Ingenieros, atribuye la redaccion de la fórmula que primeramente se repartió á los cuerpos, al intendente del ejército, D. Lázaro de las Héras, que asegura ejercia influencia grande, pero no provechosa, en las determinaciones del Marqués.

En los varios manuscritos existentes en el Depósito de la Guerra, contestacion la mayor parte al interrogatorio que sobre los puntos más dudosos verificó la seccion encargada de redactar la historia de la Guerra de la Independencia, debidos á D. Estanislao Sanchez Salvador, don José O'Donnell, Baron de Armendáriz, D. Santiago San Miguel, D. Fernando Miyáres y Conde de Fuente Quinto, aparece el recuerdo de haberse consultado por el Marqués de la Romana la fórmula del juramento con sus oficiales de Estado Mayor y el Conde de San Roman, y aún hay el de que se debiera principalmente al auditor del ejército Sr. Paez de la Cadena. Pero de esta fórmula, que debe ser la últimamente adoptada, á la que rechazaron los regimientos, debía haber una distancia considerable, que no se puede medir sino por la repugnancia que mostraron aquéllos á aceptarla, pues que Cuadra comete la omision imperdonable de no estamparla en su apasionado escrito.

(*) En alguno de esos manuscritos citados se asegura que Romana dirigió reclamaciones á Bernadotte ántes de proceder al juramento. No pudo ser por falta de tiempo. En lo que no cabe duda, es en que se despacharon oficiales que preparasen los ánimos en algunos cuerpos, haciéndoles decir, asegura uno de ellos, el capitan de zapadores D. Fer-

Las tropas de Jutlandia prestaron el juramento de fidelidad á José Bonaparte, bajo la doble presion de las órdenes de Kindelan y de la seguridad oficial que éste les daba de haberlo ya prestado el General, su Estado mayor y todos los regimientos acantonados en las islas. Aún en tales condiciones costó mucho á su desleal jefe llevar á ejecución la orden de Ponte-Corvo, á cuyas atenciones no supieron resistir su entereza militar y la consideracion que debía á sus compañeros, ya que el patriotismo, por su calidad de extranjero, no le ligára, cual á ellos el honor, á las banderas españolas. Su autoridad se halló á punto de verse desconocida por oficiales y soldados; y Franco, que presenciaba el acto y trató de apaciguarlos, tuvo que huir del campo, perseguido de los que en él veían á un traidor, espía y satélite de los franceses. De nada de esto dió Kindelan comunicacion á su comandante en jefe, que la hubiera recibido ántes de procederse al juramento en los cuerpos de Fionia, puesto que, al prestarlo los de Jutlandia, no le había llegado la orden á que, sin avisarle siquiera, había dado cumplimiento su segundo. De otro modo, la falta de lealtad de Kindelan hubiera tambien proporcionado al Marqués de la Romana pretexto y hasta motivo de justas reclamaciones, y con ellas, lugar para, evitando quizá las escenas tristísimas del juramento, prepararse los sucesos posteriores y la evasion del ejército.

o Pero no se pueden juzgar los actos de una autoridad por

habiendo nando Miyáres, «que aquel acto (el del juramento) no tenía importancia, y que el rehusarse á prestarlo era privarse absolutamente de toda la esperanza que podía haber de regresar á la Península.»

resultados, producto de las eventualidades más extraordinarias (*). En la impenetrable oscuridad que la astucia de Napoleon habia creado en derredor del Marqués de la Romana, no le era dado á éste adelantar un paso, por corto que fuese, que pudiera producir, con su caída, la de todo aquel ejército en el insondable abismo á cuyo borde se encontraba desde su salida de España. En la suerte del General debía reflejarse la de sus tropas; y ¿cuál hubiera sido la de todos á la menor indiscrecion del que á tan grave responsabilidad habían de sujetar la opinion pública y el gobierno de su patria?

Pocos dias ántes habia llegado hasta él un sacerdote, que se decia comisionado para facilitarle comunicacion con las naves inglesas, que fondeaban á no larga distancia de la costa. Las dos primeras entrevistas se habian reducido á desvanecer las sospechas que despertaría mision tan extraordinaria, y á asegurarse Robertson, que así se llamaba el sacerdote, de la excelencia del Marqués de la Romana. Éste se habia mostrado digno, si bien, como era natural, cauto y receloso de una asechanza; mas en la tercera conferencia, abriendo su pecho al emisario británico, y revelándole sus consultas con personas de su séquito y de lealtad á toda prueba, habia aceptado el ofrecimiento, y deseaba la pronta realizacion de un proyecto para él tan grato. Para llevarlo á cabo con felicidad, necesitaba el Marqués mucha prudencia, usar Robertson de diligencia suma; y cuando éste, corriendo gravísimos peligros, tocó la imposibilidad de entenderse con sus compatriotas de la escuadra, y se di-

(*) *Par une sorte de miracle*, dice Thiers.

rigió á Hamburgo y Brémen en busca de comunicaciones con su gobierno, el General español hubo de redoblar su disimulo, áun á costa de las mortificaciones que muy pronto le iban á imponer sus mismos subordinados (*).

(*) Es importantísimo el escrito de Robertson, recientemente publicado; pero contiene muchas y trascendentales inexactitudes. Bien hubiera podido el editor advertirlas. Es lo de ménos el que el reverendo sacerdote se proclamára salvador del ejército español de Dinamarca; debió su sobrino corregir siquiera la relacion de la fuga de nuestras tropas, completamente inexacta.

Durante la permanencia de Robertson en Nyborg, ó á consecuencia quizás de ella, debió tambien proponer al Marqués el ayudante de su estado mayor, D. José O'Donnell, un plan de evasion muy semejante. De él se ocupan, en sus escritos, el mismo O'Donnell y D. Fernando Miyáres. ¿Salió la idea de Cuadra? Algo apoya esta presuncion el párrafo siguiente de la carta que el 6 de Agosto escribió á O'Donnell dándole cuenta de la expedicion de Fábregues: «que en punto á plan, el mejor era, como ya se lo habia manifestado en otra ocasion, apoderarse de la isla en que se hallaba (la de Langueland).» El Marqués creyó el plan, si ha de darse fe á Miyáres, prematuro, y lo acreditaron como tal las vanas tentativas de Robertson para comunicar con los ingleses.

Como muestra de disimulo en el Marqués de la Romana, estampa en sus Memorias Mr. de Bourrienne los párrafos que siguen, sin traducir, para que no pierdan nada de su gracia:

«Pendant son séjour à Hambourg, le général la Romana venait passer presque toutes les soirées chez moi, et chaque soir il s'y endormait en faisant une partie de *whist*. Madame de Bourrienne était sa *partner* habituelle, et je me rappelle qu'il s'excusait sans cesse de cette impolitesse involontaire, ce qui ne l'empêchait pas de recommencer le lendemain, et l'on verra bientôt quelle était la cause de ce besoin d'une sieste pendant la soirée.» Y más adelante: «Depuis, j'ai su aussi à quoi attribuer l'état de somnolence dont le Marquis de la Romana ne pouvait se défendre, en faisant chez moi sa partie de *whist*. Il se réveillait chaque nuit pour travailler à ce départ qu'il méditait depuis si longtemps, affectait de se montrer partout dans le jour comme s'il eût dormi pendant la nuit, et conduisit ainsi son entreprise à bon port.» (*Mémoires de Mr. de*

La solicitud oficiosa y desleal de Kindelan produjo, de todos modos, un resultado favorable: el de que satisfecho Ponte-Corvo con la prestación del juramento por las tropas de Jutlandia, seguro de la adhesión del general que las mandaba, y persuadido de que sus agentes, lo mismo que los de Dinamarca, habían de impedir toda comunicación de nuestros compatriotas con los ingleses, no dió al espectáculo que ofrecieron los regimientos en Fionia y Zeelandia la importancia que merecía.

Encontrándose el Marqués en Nyborg, fueron las primeras, como era natural, á ofrecer ese espectáculo las compañías de granaderos de la Princesa, que se alojaban en la plaza. Hallábase presente el coronel del regimiento, Conde de San Roman, y fué necesario todo su influjo, que lo tenía omnipotente con oficiales y tropa, para que pronunciaran el fatal juramento, áun modificado en su forma, equívoco por sus protestas y afirmado por tres descargas, que á un testigo presencial parecieron ejecutadas por reclutas (*).

Así como en *Longs-Insul*, lugar de la ceremonia, se

Bourrienne, ministre d'État sur Napoléon, le Directoire, le Consulat, l'Empire et la Restauration, vol. VIII, pages 87 et 89.)

Esto era en Hamburgo, en la época, según se ha dicho, de los presentimientos.

(*) En la orden del juramento, fecha 22 de Julio, disponía el mariscal Bernadotte que á cada una de las descargas que habían de afirmarle siguiese el grito de: «Viva José Napoleon I, rey de España.» Ni un solo regimiento quiso pronunciarlo; y la supresión de ese grito debe ser el principal objeto de las variaciones introducidas en el acta del juramento, la que hace sean dos, y no una, las fórmulas que se circularon á los cuerpos del ejército.

había dicho que el regimiento de la Princesa juraría lo que su coronel hubiera jurado, en Vindemaye los artilleros juraron lo que sus oficiales, con resistencia también, pero sin escándalo notable.

No sucedió lo mismo en Odensee. Los dragones de Almansa tenían ya noticia de las escenas de Nyborg y Vindemaye, así como de las diferentes redacciones de la fórmula del juramento. Oficiales y tropa estaban persuadidos de que el reconocimiento de José por su General, como el que se les quería arrancar á ellos, no obedecía más que á la ley de la necesidad, y á disimular pensamientos ulteriores; pero, aún en esa persuasión y con la conciencia de la nulidad de un juramento en tales condiciones prestado, no solo acordaron negarse al que se les pidiera, sino redactar otra muy distinta fórmula, y trasladarla previamente á los demás cuerpos, algunos de cuyos oficiales habían asistido á la junta en que se tomó aquel acuerdo.

Cuando el Marqués llegó á Odensee, halló, de consiguiente, preparados los ánimos á una resistencia que rayaría en escándalo por presenciarse algunos franceses, y entre ellos nada menos que un oficial del estado mayor de Bernadotte, el mismo precisamente que dias ántes había llevado á Nyborg una magnífica armadura de Versalles, regalo dirigido, más que al obsequio del General español, á cohonestar con su envío la misión indagadora de su portador en la línea de nuestros principales cantones.

Almansa formó en una vasta llanura inmediata á la capital de Fionia. Tan pronto como empezó la lectura de la orden que disponía el juramento, el murmullo y las vociferaciones contra Napoleon y la Francia hicieron prever á

todos los presentes un tumulto de graves consecuencias. El Coronel quiso cortarlo con amenazas, y por contestacion recibió las de sus soldados; y sin la intervencion del sargento mayor, D. Francisco Antonio Conway, estimadísimo de los dragones, hubiera el motin tenido término muy fatal; que si por fortuna se evitó, no fué sin quebranto bien lamentable de la disciplina.

Pero tal era el estado en que se encontraba el ejército de Dinamarca, tan anormales se presentaban las circunstancias, y á nivel tan humilde había por ellas descendido el respeto á la autoridad, que no pudo evitarse el que los soldados abandonáran las filas hasta el momento de su vuelta á Odensee, y hubo de hacerse caso omiso de la formalidad del juramento.

Espectáculo de otro carácter fué el que en Middlefaart ofrecieron al Marqués de la Romana el tercer batallon de la Princesa y los zapadores. Éstos no pretendieron apartarse del camino de los que les habían precedido en la imponente ceremonia del juramento, y, como los de Almansa, se negaron rotundamente á prestarlo; pero el batallon de la Princesa, al presentarse el General, se agrupó en derredor de la bandera, y fijos los ojos en aquel emblema representante de las glorias del Brasil y de Mahon, soldados y oficiales se mantuvieron en el más profundo y conmovedor silencio (*).

(*) La actitud del tercer batallon de la Princesa ha dado lugar á una equivocacion que, por lo verosímil y bella, se ha hecho general entre nuestros modernos historiadores. No hay uno que no se complazca en dejarse impresionar por la memoria de un espectáculo como el de Mid-

¿Se quería una protesta más explícita del espíritu militar y del patriotismo de aquellos valientes? Pues no tardó en escucharla su General en jefe. «Nada se oía, cuenta un individuo del estado mayor allí presente, cuando un cabo (cuyo nombre he sentido no poder conservar) salió de la fila y presentando su arma haciendo los honores á S. E., le dijo: *Mi general, mi compañía no jura á José ni á otro alguno, sino á esa bandera; pues en llegando á España veremos á quién representa.* Y dió media vuelta y se volvió al grupo del batallón, el que no quiso obedecer la órden de su comandante cuando le mandó hacer la descarga. Visto esto por el valeroso Conde de San Roman, continúa el narrador de aquella imponente escena, se puso veinte pasos al frente y dijo: *Yo veré si obedecen á su coronel.* dió la voz, y obedecieron; pero al desfilarse empezaron á dis-

dlefaart, pero más general, suponiéndolo ofrecido por todo el ejército en Langueland, y con accidentes más dramáticos todavía y conmovedores; y, sin embargo, no existe un solo documento procedente de los expedicionarios del Norte en que pueda fundarse tal aserto. El que indudablemente dió origen á esa equivocación, es el despacho del contraalmirante Keats á su jefe el almirante Saumarez; pero ese despacho fué escrito el 11 de Agosto, ántes del desembarco de las tropas de Fionia en Langueland, y, de consiguiente, no puede referirse más que al juramento de la Princesa. De ahí también aquellos versos publicados en *La Lealtad Española*.

..... y reunidos

En torno el estandarte que yo os diera,
Hincadas las rodillas,
Mirando al cielo vengador clamasteis,
Como el león por el robado hijuelo:
¡Oh patria! ¡Oh dulce madre,
Torpemente engañada!
Mil veces perezcamos,
Si del pérfido ardid no te vengamos.

parar al aire con el mayor desorden, que duró hasta más de las doce de la noche» (*).

Se había propuesto sin duda la Princesa causar en el ánimo de su General en jefe impresiones á cual más variadas y angustiosas. El segundo batallon, acantonado en la vecina aldea de Assens, en vez de la enérgica y sublime expresion del tercero, adoptó la del dolor rayando en la más amarga desesperacion. Acababa de recibirse la noticia del reconocimiento y jura del intruso por la Junta de Bayona, y el ardor de los zapadores, en quienes se suponía la idea de fugarse á los ingleses desde un islote que estaban fortificando en el Pequeño Belt, y las ruidosas manifestaciones de la noche anterior, pasada en vela por temor á más graves sucesos, se habían convertido en postracion y abatimiento. No por eso llegó á aceptarse en Assens la fórmula que á uno tras otro se iba proponiendo á los regimientos; que el tercer batallon de la Princesa, aún con las paternales amonestaciones de su comandante Hore y el de San Roman, se cerró en no jurar sino lo que la nacion reconociera y jurase.

El Marqués creyó entónces deber desorientar á Ponte-Corvo sobre las consecuencias á que en plazo más ó menos próximo, nunca remoto, había de dar lugar la resistencia de las tropas al juramento. El Príncipe no había de sus-

(*) Manuel Bustamante, soldado despues del regimiento de húsares de Cantabria, decía en una Memoria que escribió de sus servicios: «Dispusieron que de cada compañía saliesen al frente tres soldados para manifestar la voluntad de toda la demas tropa, á los cuales se les encargó, bajo pena de la vida, que habían de decir que los españoles no reconocían otro rey que D. Fernando VII»

penden la ejecución de unas órdenes que, en su posición militar y en sus relaciones de familia con la imperial de Francia, constituían, además de un deber ineludible, un compromiso de honor. No tardarían en producir su efecto las noticias, de seguro exageradísimas, que le habrían comunicado los franceses, testigos en Odensee y Middlefaart de la conducta de nuestros soldados, y objeto, como los nombres del Emperador y de la Francia, de sus dicterios é insultos. Era necesario defenderse ántes de ser combatido, y tomar la ofensiva para sorprender al enemigo en sus preparativos de ataque; y el Marqués de la Romana lo efectuó con habilidad, poniendo á Bernadotte de manifiesto las dificultades que encontraba, y no podían ménos de encontrarse, para obtener el juramento de unas tropas privadas hacía tres meses de toda comunicacion con su patria. Decíale, además, que el descontento con eso, con las noticias que los partidarios de Inglaterra no se cansaban de esparcir, con ser el acto inusitado en España, y con la exacerbacion que producía la conducta del comisario frances de Odensee, irrespetuosa para con él y provocativa con nuestros compatriotas, había tomado proporciones serias; pero que con alguna solicitud y un poco de maña se lograría tranquilizar á la tropa y volverla á su antiguo estado de subordinacion y disciplina (*).

(*) D. José Agustín de Llano, dice al llegar á este punto: «.....desde este mismo pueblo de Assens le escribió S. E. (Romana á Ponte-Corvo) manifestándole con política el estado de la division, pero asegurándole todo se tranquilizaría: que consideraba ser la causa principal la falta tres meses había de correspondencia con España, lo que ocasionaba grandes sospechas; y le daba parte de la insolencia con que había procedido y

Creando así prevenir las consecuencias de los sucesos anteriores, continuó el Marqués su marcha á los demas cantones, donde habia de encontrar la misma resistencia que hasta allí, en formas siempre nuevas y cada vez más dramáticas. Villaviciosa en Faaborg y Barcelona en Svendborg reconocieron por Rey al que la nacion reconociese. El primero lo hizo, sin embargo, á fuerza de ruegos de su coronel, el Baron de Armendáriz, tenido en la mayor veneracion entre los oficiales y soldados del regimiento, y Barcelona, despues de abandonar la formacion, y de esconderse en un bosque, ejecutando las descargas al compas de una sonata, cuyo nombre solo, *La Melancolía*, revela la espontaneidad y el entusiasmo con que se prestaba el juramento (*).

Por fin, Cataluña en Langueland resistió como los demas regimientos la adopción de la fórmula, y la impuso variantes y restricciones *mucho más valientes*, decía su Sargento mayor, *que la negación absoluta del juramento*.

La unanimidad con que los regimientos se pronunciaban contra la fórmula que se les había impuesto, inspiró la reforma de la que debían firmar el General y su Estado mayor, atemperándola al espíritu de las variantes que las tro-

—
 dado lugar á desórdenes un bribon de comisario frances que había en Odensee, y pedía satisfaccion (a). Y esto fué por prevenirse de que fuese creído si escribía al Príncipe lo que pasó con Almansa delante de él.»

(*) Las músicas de los catalanes tocaban *La Melancolía* cuando era ajusticiado alguno de sus camaradas de regimiento.

(a) Este comisario tuvo valor de hablar con la mayor libertad en una mesa donde estaban almorzando S. E. y otros varios oficiales. Oyó buenas cosas. Iba prevenido con una pistola, y fingió que los españoles acababan de quererle atropellar su casa. Se convenció ser falso. (*Nota del mismo Llano*).

pas exigían al prestar el juramento, si podía tomarse por tal juramento el recibido entre manifestaciones tan claras de repugnarlo (*).

Mas sucedió lo que era de esperar, lo más natural en aquellas circunstancias, lo inevitable: que el coronel de la Princesa, receloso de que en España se tradujeran por debilidad las restricciones impuestas por los regimientos, si se comparaban con la fórmula del Estado mayor, y creyéndose ante ellos, como presente en el cuartel general, responsable de su reputacion y buen nombre, no solo exigió la devolucion del acta que él y las clases de su regimiento habian firmado, sino que llegó hasta á amenazar con la fuerza si al punto no se le satisfacía cumplidamente.

La pretension era justa, y como tal la consideró el General en jefe, accediendo á ella. Pero la equidad y el patriotismo exigían de consuno el que se devolviese á los demas cuerpos del ejército las actas del juramento que tanto había costado arrancarles, y se resolvió expedir con los ayudantes del Marqués y los oficiales de su Estado mayor los nuevos formularios que habrían de mostrar la conformidad más perfecta de ideas y resoluciones entre el jefe y las tropas de su mando.

¡Cómo, Señores, se dilata el corazon al contemplar cuán natural y unánime arranca de las filas de nuestros regi-

(*) La fórmula que se adoptó fué: « Como individuos del ejército de la nacion española, de la que formamos parte y á la que deseamos vivir y morir siempre unidos, y tan solo creyendo que toda ella legítimamente representada pueda haber con plena libertad prestado igual juramento que el que se nos exige, solo así juramos fidelidad y obediencia al Rey, á la Constitucion y á las leyes. »

mientos la resolución, á todas luces temeraria, de no aceptar, hay que decirlo aún cuando con dolor, los hechos reconocidos espontánea ó forzosamente, pero reconocidos al fin, por tantos hombres caracterizados de la nación!

Y esa coincidencia de sentimientos entre el pueblo español de 1808 y sus soldados de Dinamarca, ¡de qué manera tan elocuente viene á revelar las cualidades más características de nuestra nacionalidad! ¿No veis presentarse á tantos centenares de leguas, sin comunicacion de ninguna clase, tan solo por el arranque, puede decirse, congénere de pueblo y ejército, en ocasion tan solemne, aquel ímpetu violento y sin cálculo, el desapropio generoso y el amor á la tierra nativa de nuestros antepasados? Porque en la gente de armas es en la que se halla, más que en ninguna otra clase, representada la masa general de una nacionalidad, siendo el hombre de guerra, por su edad y profesion, el alma, el eco y la bandera de su país. En tal concepto, buscad en el ejército español los caractéres distintivos de nuestra raza, y encontraréis en el soldado, con el valor y el patriotismo, la candidez, el fervor y la poesía de los montañeses iberos.

En Dinamarca, los jefes y oficiales participaban de los mismos sentimientos de la tropa; y si el General no los exhibía como ellos sin rebozo, á la inmensa pesadumbre de su responsabilidad, y á la distancia todavía de toda luz de salvacion, es necesario atribuirlo, no á carencia de patriotismo ni á ambiciones y cálculos interesados. Y nadie mejor juez para confirmar este fallo que los mismos que cuando las pasiones se hallaban más excitadas, se lo dieron absoluto, no pronunciando una palabra ni adelantándose

á un acto que pusiese en peligro la persona de su jefe (*).

Pero si necesitáramos una prueba más de esto, nos la suministraría completa la conducta de los regimientos acantonados en Zeelandia.

Ya os he dicho que Ciran, el teniente agregado al Estado mayor de Bernadotte, fué el encargado de llevar al general Fririon las órdenes para el juramento de las tropas españolas en aquella isla. No podía elegirse hombre ménos á propósito para mision tan delicada. « Altamente desconceptuado en su regimiento, privado de sus ascensos por su despreciable conducta, decía uno de sus jefes, ridículo y odioso hasta por sus extravagantes exterioridades, era el objeto del ódio de sus compañeros, de quienes, por huir, á fuerza de intrigas pudo conseguir ser agregado al Estado mayor frances, bajo el pretexto de tener la facilidad de los idiomas » (**).

Cuando Ciran llegó á Zeelandia, Guadalajara y Asturias se encontraban en un campamento inmediato á Roskild, que las simpatías de los dinamarqueses habían convertido en teatro de diversiones y banquetes, no suficien-

(*) El Marqués de la Romana gozaba de la plena confianza de todas las clases del ejército: así lo manifiestan cuantos á él pertenecían y todavía existen. Nadie dudaba de su patriotismo, y áun sus procedimientos ménos hábiles eran achacados á otro. « Estas y semejantes resoluciones, decía D. Ambrosio de la Cuadra, nada afecto al Marqués é injusto quizás con Héras por ignorar las interioridades del cuartel general, no parecían extrañas ni irregulares en aquellas circunstancias: tal era la agitacion de los ánimos, tal era el desórden y anarquía que había en el ejército, y tal el aspecto que todo ofrecía por la fatal direccion que Héras, queriendo todo manejarlo, habia dado á los negocios. »

(**) Ciran era uno de los muchísimos franceses emigrados á raíz de la revolucion. Se llamaba Mr. Louis Siran de Cavagnac.

tes, sin embargo, para distraer á nuestros soldados de la tristeza que les producía la carencia de noticias de su patria. «Como ménos noticias teníamos de España, escribía el capitán D. Rafael de Llansa, más se aumentaba la efervescencia en todos los espíritus.» El general Fririon, recibidas las órdenes de manos del desgraciado Ciran, dictó el 31 de Julio á mediodía la de formar las tropas á fin de que prestasen el juramento. ¡Qué efecto no producirían, para que á las tres de aquella misma tarde fuese atacado el palacio que habitaba el General, que hubo de esconderse, para despues huir á Copenhague disfrazado con el uniforme de uno de sus ordenanzas dinamarqueses! No tuvieron la misma suerte sus dos ayudantes de campo, de los que uno fué muerto, y herido el otro, salvándose Ciran como Fririon por la generosidad de nuestros oficiales, que lograron ocultarlos.

Fririon llevó la alarma á Copenhague, adonde hizo creer se dirigian furiosos los españoles. El Rey hizo salir de la capital un ejército de 10 á 12.000 hombres de todas armas en la convicción de que tendría que dar una verdadera batalla á sus aliados y amigos del dia anterior; pero ya los coroneles de Astúrias y Guadalajara habían conseguido restablecer la calma en Roskild, y por el Conde de Yoldi, nuestro representante, supo el Monarca que al rechazar el juramento no era otro el propósito de los españoles que el de ponerse bajo su dependencia y amparo. Él á su vez se mostró tan generoso, que no quiso atender las reclamaciones de Fririon, el cual, ayudado por el Ministro de Francia, exigía un cruento y ejemplar castigo, y se satisfizo con fraccionar los dos cuerpos en destacamentos, que

desarmó al saber la evasión de los de Fionia y Jutlandia.

Ya veis cuán distintas consecuencias ofreció la resistencia al juramento en los cantones visitados por el Marqués de la Romana, y allí donde había de tomarlo un general francés. Donde se encontraba nuestro ilustre compatriota, las manifestaciones se dirigían contra el Emperador y parecían encaminadas á comprometer al General en el camino que la arrogancia española creía siempre expedito; y en Zeelandia con nada ménos se satisfacían nuestros soldados que con la sangre de su jefe y la de los franceses que le acompañaban. Ni podían tomarse por actos de indisciplina resoluciones que tan elocuentemente revelaban el fuego que al solo temor de hallarse la patria en peligro se había encendido en todas las clases, en las que no podían creerlas un delito como en las que cupiera castigarlas. Naturales en la tropa, dignas en la oficialidad, mal podían los jefes y el General exigir responsabilidad por ellas cuando, como á españoles, les halagaban y enorgullecían. La clemencia del Rey de Dinamarca significaba la admiración que no podía ménos de producir en todo corazón generoso la conducta patriótica de los españoles; y en su ejército más de un oficial vertía lágrimas al recoger las espadas de manos que tan valientemente las sabían esgrimir por el honor de sus enseñas y la independencia de la patria.

Se acercaba entre tanto el momento de la gran crisis para el ejército, el en que se iba á decidir si el valor correspondía á la arrogancia española, si los que rechazaban el juramento del monarca impuesto por el más poderoso de la tierra y aceptado por los demás del continente europeo, sabrían arrostrar los peligros de una resolución tanto más

pavorosa cuanto era más nueva é inesperada. Pero en eso es precisamente en lo que consiste la gran fuerza de atracción de lo desconocido, en que cuanto más oscuro y preñado de riesgos se considere, con mayor ahinco, con ardor más temerario se engolfan en sus impenetrables tinieblas los hombres de corazón activo y esforzado.

Miéntas el 6 de Agosto los ayudantes del Marqués de la Romana galopaban en dirección de los cantones españoles, uno del de Ponte-Corvo conducía á Nyborg la respuesta á la carta que el General le había dirigido desde Assens. Era una contestación amenazadora, no admitiendo disculpas y rechazando limitaciones en un acto que el Príncipe consideraba como de disciplina, y haciendo paralelos entre la conducta de las tropas de Fionia y las de Jutlandia, aquéllas á la vista de su comandante general, y éstas léjos de él y sometidas á quien no revestía la autoridad suprema. Resistiendo, por fin, toda imposición, ordenaba el Príncipe el juramento inmediato y sin restricciones al nuevo Rey, y amenazaba con quitar la máscara á los que en el ejército español promovían turbaciones tan perjudiciales á sus propios intereses y á los del Emperador.

La situación del Marqués se hacía difícilísima por momentos: no tardaría en llegar el en que sería insostenible sin el favor de la Providencia. La voluntad de las tropas se le había hecho manifiesta con una elocuencia que no consentía dudas; y la comunicación de Ponte-Corvo no le dejaba realmente lugar á excusas ni dilaciones. Vacilaba, pues, entre la obediencia que no creía poder eludir, y su anhelo de ganar algún tiempo que, por corto que fuese, quizá sirviera á darle luz sobre la situación verdadera de España, cuan-

do vino á iluminarle con la de su futura gloria una visita que, por lo extraordinaria, parecía dispuesta por más altos poderes que los de la tierra.

Era poco más de la media noche del 6 de Agosto. El Marqués de la Romana, que no habia asistido á la mesa, entre cuyos convidados se sentaba el ayudante portador de los pliegos de Bernadotte, noticioso ya de las novedades de Zeelandia y lleno de recelos ante concurrencia tan sombría y taciturna como la de que se veia rodeado, velaba sumido en las más hondas y tristes reflexiones. No esperaba sino la desgracia del ejército ó una mancha indeleble en su limpio nombre; y, sin embargo, llamaban á la puerta de su habitacion dos oficiales, mensajeros de nuevas felices, que iban á sacarle de todas sus penas y abrumadoras perplejidades. El más caracterizado era D. Félix Carreras, teniente del batallon de Cataluña, que acompañaba al alférez de su cuerpo D. Antonio Fábregues, hijo de esa tierra catalana tan fecunda en caracteres. Fábregues habia recibido del gobernador frances de Langueland el encargo de unos pliegos para el general Fririon, y, de acuerdo con algunos de sus compañeros, encendido á la vez en ira con los sucesos de Zeelandia, habia aprovechado la ocasion de su vuelta para, amenazando con la espada á los marineros dinamarqueses que le conducían, atracar al costado de uno de los navíos ingleses que observaban las islas. ¿No es verdad, Señores, que la actitud enérgica de Fábregues en la lancha, el asombro del ordenanza impidiéndole defender el fusil que descansaba entre sus manos, la decision de los dinamarqueses armados á favor de aquel asombro, y Fábregues siempre imponiéndole

dose á sus enemigos y á la fortuna, son dignos de un pincel ó un buril privilegiados? (*).

Una vez en la escuadra, Fábregues, no solo halló acogida benévola, favorable además á sus fines y á los de sus camaradas, sino que pudo comunicar con el teniente de navío D. Rafael Lobo, enviado á aquellos mares por los Diputados de la Junta Suprema de Sevilla en Inglaterra con el proyecto general de evasión para nuestro ejército. Todo acordado entre los dos españoles y el contra-almirante Keats de la escuadra británica, Fábregues volvió á tierra cargado de las órdenes y proclamas que la Junta de Sevilla habia encomendado á sus Diputados para el Marqués de la Romana, de algunas cartas para los jefes y oficiales más influyentes con las tropas, con las noticias más interesantes, aunque muy atrasadas, del estado de las cosas en Es-

(*) Fábregues contaba así la aventura á un hermano suyo: «Pues en este estado de tan terribles circunstancias fui destinado desde la isla de Langueland á Copenhague con unos pliegos para un general frances: á mi regreso examiné escrupulosamente la costa, y habiendo encontrado una lancha en casa de unos pescadores, les dije traía pliegos, y si querían llevarme á Langueland les pagaría bien respecto al rodeo que me evitaban; convinieron á ello, y observando tres navíos ingleses que estaban fondeados como unas cuatro leguas desde donde me embarqué, me arrebaté de un impulso de patriotismo, y sin más reflexion tiro de mi sable, y les dije me llevasen á bordo de los enemigos; un soldado que tenía conmigo, ignorante de mis intenciones, queda sorprendido, se aterroriza y quería echarse al agua ántes que cooperar á mis designios; los dos marineros se resisten, y uno de ellos se apodera del fusil del soldado. Viéndome en estos apuros, me resolví á matarle ántes que regresar á tierra, desde donde me habían observado ya, y por lo tanto estaba perdido: ven mi obstinacion, y en esta contienda, con un afortunado golpe hago caer el fusil de la mano del molinero, y yo no sé cómo les hago remar hácia los buques ingleses.....»

pañá, y con la instrucción detallada de cuanto debía hacerse para no dejar un solo soldado en Dinamarca. Fábregues desembarcó sin accidente alguno en Langueland la noche del 5; pero, ya os lo he dicho ántes, el entusiasmo de su misión, que le rebosaba en el pecho, y sus imprudentes espontaneidades con cuantos encontraba, hicieron llegar á oídos del comandante frances el rumor de noticias tan alarmantes, confirmado por la de embarcarse nuestro héroe para Fassing, sin darle siquiera cuenta de su comisión en Zealandia. No se hablaba en Langueland más que de la vuelta á España, «como si fuese tan fácil, dice uno de los expedicionarios, que no hubiera que hacer más que embarcarse», y nunca estuvo en mayor peligro tan halagador pensamiento. Afortunadamente Fábregues tropezó en el canal de Fassing con su sargento mayor, quien le hizo volver á Langueland; pero no logrando desvanecer las sospechas que había concebido el jefe frances, y temiendo las transmitiera á Bernadotte, se decidió á enviar al teniente Carreras al cuartel general con el alférez Fábregues disfrazado de asistente.

Tan pronto como el Marqués de la Romana se enteró de las órdenes y cartas que le traían los dos oficiales, así como de las noticias que le trasladaba Fábregues y de los proyectos de D. Ambrosio de la Cuadra para hacer de Langueland el punto de reunión, y en todo caso, el refugio de los españoles hasta su embarque, hizo llamar á los oficiales de su Estado mayor para poner en juego los medios más expeditos y seguros de llevar á cabo plan tan bien concertado y prudente. No necesitaba llamarlos, porque lleno de celo el activo mayor de Cataluña había dado aviso con el mismo

Carreras á los principales jefes del ejército en Nyborg, de las noticias más interesantes de España y de la feliz expedición de Fábregues, suplicándoles á la vez influyesen con el General en jefe para que tomase la resolución que unánimemente pedían oficiales y soldados. Y O'Donnell, que había acompañado á Carreras, y Bresson, que acudía de su campo inmediato al cuartel general con varios otros, ayudaron al Marqués á dictar las órdenes más convenientes para la reunión del ejército y los preparativos del embarque (*).

Bresson, como jefe de la artillería, proporcionó tres oficiales del cuerpo que á los pocos momentos se disponían á pasar á Jutlandia, donde la presencia de Kindelan y la proximidad de Bernadotte exigían una gran actividad y suma cautela si habían de salvarse los regimientos establecidos en aquella provincia.

Era necesario ántes despedir el ayudante que esperaba la contestación á las órdenes del Príncipe de Ponte-Corvo, y se hizo con una carta pidiendo algun tiempo para calmar la efervescencia general en las tropas, con lo que se consideraba posible obtener en plazo no largo el juramento que se las imponía. No había ya temor á una repulsa del Príncipe; lo que se quería era desorientarle y ganar un tiempo precioso en instantes tan críticos.

Partió, con efecto, Mr. Villiatte, y tras de él salieron los

(*) D. José O'Donnell decía en su escrito ya citado: «El alma grande y fuerte del valiente Marqués de la Romana y su corazón todo español se electrizaron de tal suerte con la lectura de los pliegos y proclamas de España, y la de la carta en que el almirante Keats le ofrecía su asistencia, que hubo un momento de recelo de algun accidente funesto.»

oficiales de artillería, con tal presteza, que les fué necesario detenerse en el paso del Pequeño Belt; no fuera aquél á sospechar de su premura cuando acababa de dejarlos en nuestro cuartel general.

«¡A España!», iban de canton en canton diciendo los emisarios del Marqués. «¡A España!», llamamiento mágico, á cuyo eco, repercutido por todas las fibras, no hay corazón español que no responda con la emoción más ardiente.

Despreciador en los peligros, imperturbable en los reveses, estóico en las privaciones, nuestro soldado se apasiona por la guerra; todo lo resiste cuando su penetración aplica los vaivenes de la fortuna á un fin útil para la patria. Cuando no, el recuerdo del monte, del arroyo, del bosquecillo que dan sombra y frescura al hogar paterno, haciéndole confundir el patriotismo con la nostalgia, le empujan hacia las resoluciones más perturbadoras. Quien le ha visto fuera de su país ó le haya estudiado en la historia de nuestro ejército, le habrá encontrado el mismo, alegre al partir, valiente y disciplinado en la batalla, temerario en toda empresa que se roce con lo maravilloso, triste en la tregua y en la inacción, murmurador, voltario, exigente y amotinado.

¡Cuál, Señores, no se mostraría en Dinamarca sirviendo una causa tan opuesta á sus nobles aspiraciones! Ya le habeis visto tocando á los confines de la indisciplina; y se hubiera engolfado en su piélago vertiginoso sin aquel grito salvador que le devolvía la esperanza de una misión más útil y más gloriosa que la de ayudar á planes y proteger intereses que por fin habían de redundar en perjuicio de la patria.

« ¡ A España ! » Y soldados, oficiales y jefes, todos con el corazón henchido de entusiasmo, llenos de confianza en su noble caudillo y rebosando de gratitud por los que un odio común trasformaba de enemigos seculares en aliados sinceros, se abrazaban en derredor de sus banderas y estandartes, patria emblemática, aire, luz y tierra en que anhelaban inundarse y morir.

El plan fijado para la evasión por los avisos y consejos del contra-almirante Keats consistía en reunir todas las tropas en un punto de Fionia fácil de fortificar, ó en una de las pequeñas islas donde el ejército pudiera esperar los trasportes que debían presentarse á la vista de un momento á otro. El Marqués, siguiendo las inspiraciones de Cuadra, señaló Langueland como punto de reunion, y á aquella isla, de que el batallon de Cataluña se haría dueño inutilizando la accion del comandante frances y del gobernador por Dinamarca, debían dirigirse todos los cuerpos. Los de Jutlandia pasarían el Pequeño Belt al abrigo de los regimientos más próximos de Fionia, ó harían rumbo directamente á Langueland, segun les fuera posible, mientras el Marqués, apoderándose de Nyborg, preparaba el embarque de los que se concentraran en derredor de su cuartel general. De los de Zeelandia no había por qué ocuparse: su diseminacion por el N. de la isla daba á conocer su impotencia para empresa tan arriesgada y difícil ante el quintuplicado número de sus vigilantes guardianes; y pocos dias despues se tuvo noticia del desarme y secuestro de los dos regimientos.

Despues de mil tropiezos llegaron los emisarios á Fride-
ricia, donde se hallaba Kindelan con un batallon de Zamo-
ra. Corría el General riesgo muy grave si, guiado por su

deslealtad, se oponía á las órdenes que el artillero Lamor le presentaba despues de haber conferenciado con los jefes allí residentes. Fingiendo su más completa conformidad con el proyecto de la Romana, trasladó sus órdenes á los tres batallones, y pidió trasportes á los gobernadores daneses; pero luego huyó para dar la voz de alarma en el cuartel general, no distante, del Príncipe de Ponte-Corvo. Su disimulo sirvió, sin embargo, para que el comandante del punto, áun extrañando la marcha de Zamora, no opusiese obstáculos al embarque; todo lo contrario, lo ayudára aprestando naves menores de las que fondeaban en aquellas aguas. Tampoco los halló formales el regimiento del Rey para su paso á Fionia. Su coronel logró convencer al comandante de Aarhus de que su marcha obedecía á la necesidad de dar fuerza al General en jefe contra los que se negaban á prestar el juramento; y en cuatro faluchos, en que apénas cabían de pié oficiales y soldados, se hizo á la mar, no dejando en el continente ni un solo hombre. Los caballos quedaron en poder de los patrones con las instrucciones más detalladas sobre su conservacion y cuidado hasta el regreso del regimiento, sin que sus cándidas simpatías permitieran á los dinamarqueses revelarles la inutilidad para el combate de un cuerpo de caballería en tales condiciones.

El del Infante no obtuvo la autorizacion para embarcarse del Gobernador de Randers, oficial que comprendía el castellano y se había enterado, aunque imperfectamente, de las causas de aquella marcha precipitada. El de Aarhus llevó, por fortuna, su condescendencia al punto de permitir el embarque, áun no dándose por convencido de las razones que el Coronel le adujo para disculpar la traslacion

del regimiento de un puerto como el de Randers al en que intentaba ahora darse á la mar, exhausto casi de naves, con las que el Rey había fletado.

El único regimiento de los de Jutlandia que no logró evadirse, fué el de Algarbe. La debilidad de su coronel, anciano irresoluto, que creyó deber consultar al del Rey, «como si para obrar con honor y delicadeza, dice un cronista, se necesitasen modelos», y su sustitucion por el teniente coronel, que tambien burló las esperanzas de los que le habían elegido, evitaron el embarque de tan brillante regimiento. El capitán D. Antonio Costa, con otros oficiales y las cuatro compañías acantonadas en Horsens, llegó al Pequeño Belt; pero, en alarma ya los franceses, se vió junto á Fridericia cortado y envuelto por los quince escuadrones del regimiento de Caballos-Belgas. Sin esperanza entónces de salud, y obligado á rendirse, Costa, no queriendo sobrevivir al fracaso de sus nobilísimos intentos, ántes de entregar la espada se mató de un pistoletazo (*).

Entre tanto, el Marqués de la Romana, puesto de acuer-

(1) Costa ó Coste, que así se llamaba, emigrado frances que había servido en las compañías de Guardias de Corps, se situó, al matarse, al frente de los soldados de Algarbe, y les dijo: «Soy frances; pero debo á España la acogida más generosa. Para no pelear contra mis conciudadanos ni mostrarme ingrato con mi nueva patria, voy á morir.»

En una exposicion que despues produjeron los oficiales explicando su conducta, decían que los soldados se quejaban de sus oficiales y pedían se les condujera á su adorada patria. «Confusion y vergüenza causaba, Excmo. Sr., el ver á unos hombres sin obligaciones, con sentimientos de más honor y patriotismo que los oficiales.....» La conducta de Costa, aunque emigrado frances, y la de Zaldarriaga, Miranda, Solana, Perero, Torres, Lafuente y Oteiza, que le acompañaron, prueba, sin embargo, que allí todos se mostraban españoles.

do con el almirante inglés por el intermedio de Lobo y de Carreras (*), se había apoderado de Nyborg, aunque no con el beneplácito, sin resistencia al ménos, de la guarnición dinamarquesa y su comandante. Pero la escuadrilla surta en el puerto se oponía á facilitar los trasportes que el ejército necesitaba para trasladarse á Langueland, y tuvo su jefe la honrosa temeridad de romper el fuego contra los buques ingleses que se presentaron á la entrada de la bahía. El combate era muy desigual, y á la media hora tenían que arriar su pabellon los dinamarqueses, con lo cual, Romana y sus aliados pudieron dedicarse activa pero tranquilamente á los preparativos del embarque.

No era prudente verificarlo en el puerto, desde cuyas baterías, áun clavados los cañones, se podía entorpecer en sus últimos períodos; así es que se decidió formar un campo en la punta de Slipshawn, próxima á Nyborg, donde se reunirían las tropas y se embarcarían sin obstáculo.

El 9 por la noche llegaron Zamora, el tercer batallon de la Princesa y los zapadores, que en veintidos horas habían andado las diez y seis leguas que hay de Middlefaart á Nyborg, cubiertos, en su retaguardia, por los dragones de Almansa (**); el 10, mientras se preparaba el embarque de la artillería y los víveres, se presentó el coronel del Rey

(*) Más de una vez pasó á nado Carreras de la costa á los buques ingleses para que la vista de un bote no produjera sospechas en los dinamarqueses y en los muchos espías de que Bernadotte había rodeado al Marqués de la Romana.

(**) La falta de instrucciones por la fuga de Kindelan detuvo en Middlefaart á Zamora, la Princesa y los zapadores. Perplejos los jefes y en la duda de lo que debían hacer, se ofreció el subteniente de zapadores, D. Juan Pablo Sebastian, á dirigirse al cuartel general; y, con efecto,

anunciando la inmediata llegada de su regimiento, que había recorrido toda la costa septentrional y oriental de Fionia; y el 11, clavada la artillería de la plaza, abandonaron las tropas á Nyborg para embarcarse aquella misma mañana en Slipshawn, á pesar de lo violento y contrario de los vientos.

Por la noche se incorporaron á la escuadra los trasportes del Infante, y el 13, por fin, despues de varios trasbordos por el estado del mar y las condiciones desfavorables de los buques menores, tomaron tierra nuestras tropas en Langueland, donde Cuadra, con su batallon de Cataluña, el de Barcelona y los dragones de Villaviciosa, embarcados el 9 en Swendborg, se había hecho dueño de todas las baterías de la costa.

Un libro merecen los hábiles procederes de Cuadra y su energía en ocasion tan crítica. Él tuvo astucia para inutilizar la accion del comandante frances, y, adormeciendo primero al general dinamarqués, Conde de Alsfeld, gobernador de la isla, y obligándole despues á deponer las armas, á pesar de lo numeroso de las fuerzas puestas á su cargo (*), hizo de Langueland un punto de refugio inatacable para el ejército. Así justificó las esperanzas que en

no sin peligro y á pesar de la oposicion del Gobernador de Odensee, logró avistarse con el Marqués de la Romana, recibir, con el elogio de su conducta, las órdenes convenientes, y regresar, por fin, á Middlefaart el dia siguiente al de su salida, en el mismo carruaje con que, en compañía de su asistente, había emprendido la expedicion. Veintidos horas despues se presentaban aquellos cuerpos á las puertas de Nyborg.

(*) Consistian en unos mil y tantos hombres de buena infantería, cuatrocientos caballos, várias piezas de artillería, algunas milicias y los habitantes de la isla armados. (*Manuscrito de Cuadra.*)

él depositára el Marqués de la Romana, confirmó la reputación que ya tenía de valiente y entendido, y preparó en su carrera los ascensos que con servicios en la guerra de la Península, tan relevantes como el que acababa de prestar, habían de conducirle á los primeros puestos de la milicia.

Ya en Langueland el ejército, é impotentes para estorbar sus operaciones los dinamarqueses que guardaban la tierra, se dedicaron las tropas españolas á reunir provisiones y hacer la aguada indispensables para el embarque. En los dias que áun permanecieron en la isla, llegaron á ella emisarios disfrazados y parlamentarios con proclamas y despachos de los generales franceses, dirigidas aquéllas á la tropa, suponiéndola engañada, y amenazadores los últimos ó procurando introducir la discordia entre los jefes. Ni dejaron de aparecer, aunque con todo género de precauciones, á favor del estado del mar ó de las tinieblas de la noche, las cañoneras dinamarquesas acogidas hasta entónces en los puertos de Fionia. Pero ni las sugerencias de Boudet y Bernadotte (*), ni el fuego de los dinamarqueses, lograron imponer á nuestros expedicionarios, siem-

(*) Bernadotte se manifestó siempre apasionado de los españoles. Ya en Hamburgo se había mostrado indulgente con los soldados que en sus continuas reyertas con los franceses hacian uso de las armas, causando no pocas desgracias; y en los últimos dias proporcionó la evasión y áun dinero al capitán de artillería D. José Guerrero, que preso en el desempeño de una comision del Marqués de la Romana, apostrofó duramente á Kindelan, llamándole traidor en presencia del mismo Príncipe de Ponte-Corvo. Esto dicen algunos historiadores; pero lo cierto es que Guerrero, á quien queremos creer salvó Bernadotte la vida, pasó cinco meses en un calabozo y tres años más en Francia como prisionero de guerra.

pre vigilantes y ansiosos de escarmentar con las armas á los que habian burlado con la noble astucia de su patriotismo.

El 21, por último, se embarcó para España todo el ejército, ménos los regimientos de Asturias, Guadalajara y Algarbe que, segun habeis oido, quedaron prisioneros, y la guardia de honor de Ponte-Corvo y algunos destacamentos, que tampoco pudieron reunirse á sus cuerpos en Dinamarca (*). Sin haber cometido una vejacion ni exigir el menor sacrificio á los habitantes, indemnizándoles largamente y

(*) ESTADO de las tropas que componian la division expedicionaria del Norte, con la clasificacion de las que regresaron á España y las que quedaron en Dinamarca, segun el parte del Brigadier Conde de San Roman.

ARMAS.	CUERPOS.	TROPAS QUE REGESARON.			TROPAS QUE QUEDARON.			
		Batallones y escuadrones.	Oficiales.	Tropa.	Batallones y escuadrones.	Oficiales.	Tropa.	Caballos.
Infantería de línea.	Zamora.	3	54	1757	»	11	162	»
	Princesa.	3	62	1953	»	9	124	»
	Guadalajara.. . . .	»	2	120	3	62	1792	»
	Asturias.	»	»	20	3	69	2075	»
Id. ligera.. . . .	1.º Cataluña.	1	44	1066	»	»	25	»
	1.º Barcelona.	1	39	1205	»	1	53	»
Caballería de línea.	Rey.	4	39	551	»	5	60	501
	Infante.. . . .	4	35	561	»	8	57	561
	Algarbe.	»	»	»	4	38	541	495
Id. ligera.. . . .	Almansa.	4	39	560	»	4	40	559
	Villaviciosa.	4	34	580	»	2	6	513
Artillería.		»	16	349	»	3	15	357
Zapadores..		»	5	99	»	3	»	»
TOTALES.			369	8821		215	4950	2986

Entre los varios estados que hemos tenido á la vista, todos oficiales y todos distintos, ninguno aparece tan exacto como el presente.

abandonando en la playa las armas recogidas á sus soldados y hasta sus propios caballos, los españoles dejaron para siempre aquella tierra, donde ya no esperaban sino la esclavitud ó la muerte (*).

¡Adios valientes de Astúrias y Guadalajara! ¡Adios los de Algarbe, víctimas todos de la generosa manifestacion de vuestro patriotismo! Iréis, en castigo de tanta audacia y tanta abnegacion, á cubrir del fuego enemigo á las orgullosas águilas francesas, á sepultaros en las nieves acumuladas por el Bóreas para atajar al tirano en el camino de sus hidrópicas ambiciones. Allí, como vuestros antepasados en Cánas y el Metauro, luchando con los hombres y los elementos, haréis ver de nuevo al mundo cuáles son la virtud militar de los españoles, su constancia y fortaleza. Y si de los huracanes de hierro que, más afortunados, van vuestros hermanos á arrostrar en las montañas patrias, surge el rayo vengador que hunda al protervo, España recordará vuestro heroismo, y, madre cariñosa, saldrá á recibirlos llena de gratitud y cantando vuestras alabanzas.

Hecho es, Señores, el de nuestros compatriotas en Dinamarca que, segun la bella expresion de una de las publicaciones de la época, lava á la especie humana de las manchas de que se había cubierto en los últimos tiempos, creyéndola incapaz de ofrecer un espectáculo de virtud y de

(*) «Para no señalar con la sangre de uno de sus individuos el dia en que adquirieron la libertad, dice el Conde de Clonard, los españoles abandonaron en la isla á un criminal sentenciado á muerte.»

Tambien se dió suelta al teniente Ciran, preso á su vuelta de Zeelandia, con pliegos que le comprometían gravemente.

verdadero heroísmo. Mas no hubo sino un pueblo que diera ejemplo tan admirable de energía y de amor á su independencia ante el poder incontrastable hasta entónces del que hacía doce años que imponía su voluntad á Europa sin darla paz, ni descanso siquiera, donde reponerse de tanto y tan rudo golpe como iba sobre ella descargando. Una sola nacion y un solo ejército, la nacion española y sus soldados, en cuya pertinacia inquebrantable se estrellaron el genio militar de Napoleon, igual, si no superior, al de los más célebres capitanes de la antigüedad, el valor de sus innúmeras legiones, sus formidables tormentos, sus artes, en fin, y su fortuna.

LA PATRIA ES MI NORTE : hé aquí el lema que la gratitud nacional estampó en el pecho de nuestros soldados de Dinamarca como expresion la más sublime de las aspiraciones de aquellos valientes.

La Fama con sus cien lenguas difundió por el mundo la nueva de hazaña tan feliz, y los pueblos y los gobiernos sometidos al capricho de la Francia se estremecieron de alegría á la vista de nuestra España coronada de laureles, con los de Bailén y Zaragoza, de Valencia, del Bruch y Dinamarca.

El ódio y la envidia, esas sierpes venenosas siempre mudas en los momentos de la admiracion y la justicia, se apresaron muy luego á romper en su estridente griterío, ya que no contra los soldados, contra el caudillo de empresa tan maravillosa. Pero aún pudo escucharse, fria y serena, la voz del severísimo lord Wellington, que exclamaba ante el cadáver del Marqués de la Romana: « El ejército español ha perdido en él su más bello ornamento, su nacion el

más sincero patriota, y el mundo el más esforzado y celoso campeón de la causa en que estamos empeñados» (*).

HE DICHO.

(*) Hé aquí una lista abreviada de libros y documentos que han servido para la redacción de este discurso :

Memorias de los acontecimientos en el ejército de Dinamarca, desde los primeros rumores de la abdicación de la corona de España y congreso de Bayona, hasta la salida de las tropas españolas de aquel reino.

Manuscrito importantísimo del general D. Ambrosio de la Cuadra.

Itinerario de D. Rafael de Llansa y de Valls, capitán del regimiento de infantería «Guadalajara», desde su salida de España hasta su feliz vuelta á ella, mandando el primer batallón del nuevo regimiento de infantería «Imperial Alejandro», formado por S. M. I. en la corte de San Petersburgo.

Es un manuscrito muy interesante que el autor dedicó á su hermano D. Jaime, abad del monasterio de Amer, en 1813.

Expedición española al Norte de Alemania en 1807 á las órdenes del Excmo. Sr. Marqués de la Romana, escrita por el teniente coronel don José Agustín de Llano, ayudante de Campo de S. E., por las Memorias del de E. M. D. Estanislao Sanchez Salvador. Este manuscrito fué traducido en parte al francés, y publicado, aun cuando sin nombre de autor, en la Collection des Mémoires relatifs aux révolutions d'Espagne, mis en ordre par M. Alphonse de Beauchamp. — 1824.

Relación de las ocurrencias acaecidas en la comisión de salvar las tropas españolas de Dinamarca, encargada al teniente de navío D. Rafael Lobo....., hecha por el mismo Lobo.

Está publicada en la *Gaceta* y en mil periódicos y libros de aquella época. — Es interesante.

Documentos oficiales obtenidos en las dependencias militares del Ministerio de la Guerra.— Son muy pocos los importantes que se encuentran, la mayor parte en el personal de los jefes y oficiales que pertenecieron á la Division del Norte.

España triunfante.— Coleccion desordenada de libros, memorias, periódicos, proclamas, etc., pertenecientes á la guerra de la Independencia.— En los mil y tantos tomos de que consta, hay muy poco respecto á la expedicion del Marqués de la Romana, y eso de corto interes.

Contestaciones al interrogatorio dirigido á varios generales y jefes del ejército por la comision encargada de escribir la guerra de la Independencia en 1816. Se hallan en el Depósito de la Guerra las dadas en 1818 por D. José O'Donnell, D. Estanislao Sanchez Salvador, el Baron de Armendáriz, D. Santiago San Miguel, D. Fernando Miyáres y el Conde de Fuente de Quinto.

Son muy interesantes, pero, como escritas mucho despues de los sucesos y por personas que en tantos y tan importantes habian tomado parte, tienen muchas fechas equivocadas.

Correspondencia del contra-almirante inglés Keats, referente á la evasion del ejército español de Dinamarca.

Está publicada en todos los periódicos y gacetas de aquel tiempo, asi ingleses, como portugueses y españoles.

Manual del soldado español en Alemania, publicado en Munich, 1807, por Cárlos de Gimbernat.

En él se expone la composicion y marcha de los cuerpos españoles á Dinamarca.

Memorias para la historia de la Revolucion española, con documentos justificativos, recogidas y compiladas por D. Juan Nellerto.— Año de 1814.

Estas Memorias de Llorente contienen algunas cartas del Marqués de la Romana.

Narrative of a secret mission to the Danish Islands in 1808. By the rev. James Robertson. Edited from the author's ms. by his nephew, Alexander Clinton Fraser.— London, 1863.

Muy importante, pero inexacto en la relacion del embarque de los españoles.

Memoirs of the life of the most noble Arthur, Marquis an Earl of Wellington.— London, 1812.

Contiene una relacion inexacta, pero que ha sido copiada en otros escritos sobre el encuentro de Robertson con el Marqués de la Romana.

Account of the war in Spain, Portugal and the South of France, from 1808 to 1814 inclusive, in two volumes. By John T. Jones.—London, 1821.

Tiene la relacion de la fuga de las tropas; pero en la de la expedicion de Fábregues tiene equivocadas las fechas, y supone á su ordenanza ayudándole para sujetar á los marineros, lo cual, de ser exacto, que no lo es, quitaria mucho mérito al acto de nuestro compatriota.

Mémoires et correspondance politique et militaire du roi Joseph, publiés, annotés et mis en ordre par A. du Casse.

Contienen la correspondencia del Conde de Yoldi, Ministro de España en Dinamarca, y en ella la relacion de los sucesos de los regimientos de Astúrias y Guadalajara en Zeelandia.

Ademas de todas las obras de historia general de la guerra de la Independencia, así nacionales como extranjeras, en que con más ó ménos extension, con mayor ó menor exactitud, se trata la expedicion del Marqués de la Romana, se han tenido presentes los varios opúsculos y artículos biográficos que los periódicos de todos los países publicaron á raíz de un suceso que, como era natural, produjo una grande sensacion en Europa.

... importantes, pero no se ha en la historia del imperio de los es-
pañoles.

... de la vida de los nobles, Arizón, Marquis de Arizón, etc.
Londres. — London. — 1812.

... relaciones, pero que sus relaciones con el mundo exterior
son de un orden de importancia que no se ha considerado en la historia.

... de la historia, pero que sus relaciones con el mundo exterior
son de un orden de importancia que no se ha considerado en la historia.

... de la historia, pero que sus relaciones con el mundo exterior
son de un orden de importancia que no se ha considerado en la historia.

... de la historia, pero que sus relaciones con el mundo exterior
son de un orden de importancia que no se ha considerado en la historia.

... de la historia, pero que sus relaciones con el mundo exterior
son de un orden de importancia que no se ha considerado en la historia.

... de la historia, pero que sus relaciones con el mundo exterior
son de un orden de importancia que no se ha considerado en la historia.

... de la historia, pero que sus relaciones con el mundo exterior
son de un orden de importancia que no se ha considerado en la historia.

... de la historia, pero que sus relaciones con el mundo exterior
son de un orden de importancia que no se ha considerado en la historia.

... de la historia, pero que sus relaciones con el mundo exterior
son de un orden de importancia que no se ha considerado en la historia.

... de la historia, pero que sus relaciones con el mundo exterior
son de un orden de importancia que no se ha considerado en la historia.

... de la historia, pero que sus relaciones con el mundo exterior
son de un orden de importancia que no se ha considerado en la historia.

... de la historia, pero que sus relaciones con el mundo exterior
son de un orden de importancia que no se ha considerado en la historia.

... de la historia, pero que sus relaciones con el mundo exterior
son de un orden de importancia que no se ha considerado en la historia.

... de la historia, pero que sus relaciones con el mundo exterior
son de un orden de importancia que no se ha considerado en la historia.

... de la historia, pero que sus relaciones con el mundo exterior
son de un orden de importancia que no se ha considerado en la historia.

... de la historia, pero que sus relaciones con el mundo exterior
son de un orden de importancia que no se ha considerado en la historia.

CONTESTACION

DE

DON CAYETANO ROSELL.

CONTESTACION

DE
DON CAYETANO ROSSELL

SEÑORES:

Al honor que hoy me dispensa la Academia haciéndome intérprete de sus sentimientos para quien por primera vez toma asiento entre nosotros, se añade la satisfacción que me cabe en saludar como compañero al que de tiempo atrás me favorece y corresponde á mi afecto como amigo: título de que debo preciarme hasta en la ocasión presente, dado que mis alabanzas no han de exceder los términos de lo justo, y que una coincidencia casual no ha de reputarse como efecto de lisonjera ó calculada solicitud. Reparo más fundado me ofrecería la natural modestia de quien, al recibir este galardón, pone por delante su escaso merecimiento; mas por respetos privados no es bien que deje de hacerse pública la verdad; ni en tiempos en que tan desalados corremos tras los aplausos, fuera razón negarlos á los que por ser más dignos de ellos, ménos los ambicionan.

Esto (y séame lícito empezar por mí), en cuanto al oficio que desempeño en esta solemnidad; que en lo que personalmente se refiere á nuestro electo, no abusaré, ni aun estando tan predispuesto en su favor, de la facultad que

se me concede. Como caso, si no enteramente excepcional, digno de ser notado, ocúrreseme observar que el nuevo Académico viene aquí investido de un doble carácter, como algún otro de los comprendidos en nuestro número; viene á dirimir de nuevo aquella antigua contienda, más especiosa que sustancial, sobre la primacía de las letras ó de las armas; cuestion que en parte alguna pudiera suscitarse con ménos fundamento que en nuestra patria, donde en estrecho consorcio y alternando en la vida individual, han solido aunarse siempre las artes de la paz con las de la guerra, donde en ocasiones como la que al presente estamos considerando, tan fácilmente se truecan las hojas del libro por la de la espada, y donde tantos que en nuestras aulas son hoy textos y dechados de ingenio y ciencia, fueron un dia ejemplos de valor y heroismo, acaudillando ó siguiendo nuestras banderas.

Cumple en mucha parte, Señores, al fin de nuestro instituto la aptitud para juzgar por propia experiencia y con criterio adquirido en estudios profesionales, de aquellos sucesos y crisis que más suelen influir en las vicisitudes de los estados, y en que los profanos descubrimos tan solo los efectos visibles, atribuidos por lo comun á las veleidosas preferencias de la fortuna. Hablo de las guerras á mano armada, que dan asunto tan principal á la historia de todas épocas y naciones, en términos de servir como medida para la civilizacion de tal ó cual pueblo determinado sus empresas bélicas, ó más propiamente, su manera de realizarlas; y aparte de cuanto pueda haber de erróneo ó de verdadero en tal principio, lo indudable es que así como cuenta con más probabilidades de triunfo el que conoce mejor el arte

de la agresion ó la resistencia, así el que más se haya ejercitado en este conocimiento acertará á desentrañar con superior discurso, presupuestas su aptitud é imparcialidad, las causas que motivaron ó las victorias ó los reveses. Por eso estimamos tanto más, cuanto que llevaron la voz en las campañas que nos relatan, á un César, á un Jenofonte; por eso concedemos entero crédito á la elocuente y vivísima narracion que nos hace el arzobispo D. Rodrigo de aquel eterno triunfo de las Navas, de que fué testigo y actor á un tiempo; y si tales ejemplos se desdeñan por ser más adecuados al respeto y á la fe que merecen las fuentes de autoridad, pudiéramos citar otros de historiadores de hechos militares, cuyos escritos gozan de incuestionable fama por haberse ellos visto en trances muy semejantes á los que refieren.

Que nuestro nuevo Académico figura en este concepto, no hay para qué afirmarlo: en la milicia y en la república literaria es su nombre sobrado conocido para que la preferencia que de él hacemos necesite justificarse. Distinguióse el Sr. Gomez de Arteche en temprana edad como alumno de la escuela que fundó en Castilla el madrileño Francisco Ramirez, ingenioso y valiente capitan, que tan temible se hizo á la morisma con sus máquinas y lombardas. No ménos se aventajó despues como individuo del cuerpo á quien está confiada la ciencia de la táctica y estrategia; y su vasta instruccion en ambas, y los distinguidos servicios que prestó en toda su carrera, le elevaron posteriormente al grado de dignidad que ejerce en la jerarquía de nuestro Ejército.

Inclinábale, por otra parte, su incansable laboriosidad á

confiar á la pluma el fruto de sus arduos estudios y observaciones, y la publicacion titulada *La Asamblea del Ejército* ilustró sus columnas con la coleccion de artículos críticos é históricos que sirvieron á nuestro erudito escritor de ensayo y preparacion á trabajos de mayor cuantía. Deben citarse como principales la *Descripcion y mapas de Marruecos* y la *Geografía histórico-militar de España y Portugal*, que dió á luz en 1859; obras que por la novedad del propósito, por lo armónico del plan y por el cabal acierto en el desempeño, son muy superiores á lo que sus títulos prometen. La primera, que lleva tambien el nombre del coronel D. Francisco Coello, pudo servir de luminosa guía á nuestra gloriosa expedicion del siguiente año; la segunda, en mayor volúmen, será de suma utilidad siempre que se consulte. Á la descripcion general de nuestra Península agrega «un resúmen histórico de su division territorial y de las invasiones de que ha sido objeto desde los primeros tiempos, designando su marcha irregular ó metódica, militarmente consideradas, para señalar con fundamento las líneas generales más importantes de cubrir en la defensa del país»; y al dividir éste en grandes regiones hidrográficas, en sus cuatro vertientes cardinales, con sus cordilleras y cuencas correspondientes, examina su constitucion física, sus recursos, su estado de defensa, cuantas condiciones, en suma, ofrecen, mayormente bajo el aspecto militar, para compararlas con la historia razonada de las principales campañas de que ha sido teatro nuestro suelo en las edades antiguas ó en la moderna. No es posible en los tiempos que alcanzamos dar á la ciencia geográfica, ni más encumbradas miras, ni aplicacion más útil: la historia mis-

ma, de que forma parte, llega por este medio á hacerse su tributaria.

La historia, sin embargo, por lo que tiene de genérico y fundamental, era realmente el fin á que el Sr. Arteche se dirigia: restábale solo, en medio de tan anchuroso campo, limitar el punto á que debía ceñir sus indagaciones. Con ser hoy por su número tan copiosos, y tan importantes por su certeza y novedad, los restos que se han descubierto de las antiguas civilizaciones, tan eficaces los auxilios que recibimos de la filología, de la literatura, de las ciencias arqueológicas y naturales, y no escaso el caudal que hemos allegado para reconstruir el mundo que, ó desconocieron, ó por sobrado conocido, menospreciaron nuestros mayores, todavía la historia antigua, y no me refiero á la primitiva, ofrece épocas y países en que no ha penetrado ni la luz de la cronología, ni el sagaz espíritu de la crítica. Apénas alcanzan más allá de Herodoto las fuentes directas que conocemos, y no sin temeridad osamos interpretar los misterios que se desprenden de los jeroglíficos y de los poemas indios. Y si sabios y viajeros de naciones opulentas y afortunadas no han logrado esclarecer aún tantas dudas é incertidumbres, ¿qué podemos hacer nosotros, relegados á este confin de Europa por la naturaleza y por la desgracia?

No es, pues, la historia antigua, ni universalmente ni en parte considerada, tarea propia de nuestras fuerzas, ni adecuada á nuestras necesidades. Empeño más arduo quizás ofrece la de los siglos medios, cuyo carácter complejo y vário dificulta la observancia de aquel principio de la *unidad*, tan encarecido y con tanta razon impuesto por los

preceptistas de nuestros días; y sin embargo, de una y otra ha de aprovecharse el historiador moderno, y en ambas igualmente ha de poner su estudio, porque lo que hoy acaece, guarda en lo general íntima relación, semejanza al ménos, con los hechos de otros tiempos, por más remotos que sean; porque sin comparación no hay juicio posible; finalmente, porque no es dado al hombre emanciparse de las leyes providenciales de su destino. Y si por alucinación ó extraviado afecto juzgamos mal de las cosas que pasan á nuestra vista, formaremos exacta opinión de aquellas cuyo recuerdo está reciente, y que podemos compulsar por medio del testimonio recibido de nuestros padres.

No hay época, por otra parte, que no herede, bien que modificados por su espíritu progresivo, los elementos que dieron existencia é índole singular á las anteriores, y en este concepto, tanto la idea religiosa que caracteriza el antiguo Oriente, como la humana que distingue á Grecia, y la política, inseparable de la dominación de Roma, coinciden hoy para engendrar esta aspiración, mejor dicho, este goce de libertad de que está en posesión, y de que se muestra aún avara, la generación presente. Que si consideramos bien nuestro actual estado, ni es lícito compararlo con el de absorción en que vivieron sumidas cien y cien nacionalidades durante la edad antigua, ni con el de desmembramiento, que constituye la perdurable contienda de que derivan su principal carácter los siglos medios. El nuestro se distingue por ese espíritu de autonomía, legítimo y fecundo en magnánimas acciones, aunque insensatamente exagerado por los que de él hacen igual aplicación al Estado que al individuo; lo cual, sin embargo, no obs-

ta para que la amalgama de principios y hechos sometidos hoy á nuestra razon y á la actividad de nuestro albedrío, lleve en sí la levadura de lo pasado, como la nuestra aprovechará para lo futuro. Y á poco que esforcemos el alcance de estas consideraciones, vendrémos á deducir que nosotros principalmente nos debemos á nuestro siglo, y dentro de él y por análoga conjetura, al amor y gloria de nuestra patria.

Por ser tan palmaria esta verdad, no podia ocultarse á la profunda penetracion del Sr. Arteche; y como nacido de un deber, tampoco era dable que permaneciese su ánimo extraño á este sentimiento: y así le vemos acometer con firme resolucion, como quien está seguro de sus fuerzas, la *Historia militar de nuestra guerra de la Independencia*.

Un escritor, de todos conocido, que á los timbres de su cuna añadió los del estudio y los del saber, habia ya trazado con diestra mano, como quien tuvo no poca en lo que refiere, el cuadro del levantamiento y revolucion de España en 1808. Sobre la relajacion y desaciertos del reinado de Carlos IV, la flaqueza y decadencia del país, que dió aliciente á un tirano audaz para la más desatentada de las usurpaciones, la cual, á su vez, incitó al primero á la más justa y honrosa de las venganzas; sobre todo esto discurrió aquel escritor tan amplia como atinadamente. En cuanto tiene relacion con la política, con los hombres que movidos á veces de contrapuestas miras en ella tomaron parte, y con la vasta y complicada serie de sucesos que sobrevinieron en aquella guerra, su obra es merecedora del aplauso con que se recibió; mas como tan célebre contienda se mantuvo y dirimió principalmente en los campos de batalla, en éstos es donde se concentra el interes histórico, y forzoso será, por lo tan-

to, subordinar á este criterio todo otro espíritu y trabajo de investigacion.

No ha llevado aún á cabo su obra el Sr. Arteche; pero en la parte que es ya del dominio público, muestra sobradamente títulos y condiciones de historiador. Muestra en una oportuna y erudita Introduccion preliminar los dos fines que se propone: ilustrar, primeramente, bajo su verdadero concepto, con razonada exposicion y propia crítica, los trances y vicisitudes de aquel período, estudiando los movimientos estratégicos más ó ménos adecuados al éxito que lograron, y vindicando á los nuestros de censuras apasionadas; y poner, en segundo lugar, á nuestra vista insignes ejemplos de la antigüedad, en parangon y para enseñanza de lo que al presente somos, de lo que debemos ser en lo sucesivo. De esta suerte la historia particular ensancha el ámbito de su esfera, tocando por una parte en la puntual minuciosidad de la crónica, engrandeciéndose por otra con el sentido moral de la misma historia, general y absolutamente considerada, y elevándose, por fin, desde el terreno literario á la region de la ciencia especulativa.

Insistiendo de nuevo en su buen propósito, limita aún más nuestro nuevo Académico sus excursiones, y nos ofrece hoy en sucinta, completa y verídica narracion la de aquella inmortal empresa á que dieron cima con nunca bien encarecido denuedo y con asombro del mundo todo, los expedicionarios de Dinamarca, los españoles que desde la mar del Norte, adonde la traidora prevision de Bonaparte, llamado el Grande, los había alejado, por no ser más tiempo ludibrio é instrumentos de tal perfidia, y á riesgo de la vida, que en comparacion de su honra y patria ultrajadas

era menospreciable, se dieron á la vela con angustiosa solicitud, y consiguieron respirar á salvo en las nativas playas, donde tenian puesto el único anhelo de sus corazones.

Si la conmocion del mio lo consintiera, repetiria yo aquí el entusiasta apóstrofe en que prorumpe el Sr. Arteche por despedida. ¡ Almas de nuestros mayores, padres de quienes hubimos el sér! ¿ Por qué no heredamos asimismo vuestra virtud? ¿ Qué diriais, si presenciaseis hoy el ruin olvido que hacemos de vuestro ejemplo, vosotros que todo lo sacrificasteis al bien, á la concordia, á la libertad de vuestros conciudadanos?

Con el sentimiento de dejar en poder de los enemigos á sus compañeros, zarparon de Langueland nuestros soldados el 21 de Agosto de 1808; el 27 llegaron á la vista de Gottemburgo, en Suecia, donde desembarcaron para esperar á la escuadra de trasportes que habia de trasladarlos á España. No parecieron éstos hasta el 5 de Setiembre, en número de 27; dióse por bien empleada su dilacion, aunque la menor era mucha para quienes con tanta impaciencia los aguardaban, al saberse las nuevas de que eran portadores. Habíase propagado la guerra de uno á otro extremo de la península; en Bailén se habia conseguido una gran victoria; Valencia acababa de rechazar valientemente á sus agresores; las legiones francesas estaban de retirada en el valle del Ebro; ellos iban á ser partícipes de aquellos triunfos; iban á obtener la recompensa de su heroica determinacion. Poco despues se presentó el bergantin *Calypso*, de vuelta de Zeelandia, adonde fué á reclamar la libertad de los regimientos de Astúrias y Guadalajara; pero habiendo sido inútil su viaje, porque ni lograr pudo que se le admi-

tiese á parlamento, y siendo fuerza desistir de toda esperanza en el particular, el 9 se trasbordó á él el Marqués de la Romana para darse á la vela y dirigirse á Inglaterra, como lo efectuó, siendo despedido con salvas y ruidosas aclamaciones.

Por tierra, y procedentes de la vecina costa, dejados en ella por el navío *Edgard*, llegaron el dia 10 ochocientos hombres de la Princesa y algunos artilleros, que habian recibido grandes muestras de afecto y agasajo de los habitantes de aquel país; con lo que, completo ya el número de los que podian regresar á España, levaron anclas el 12, y el 17 tocaron en la isla de Inglaterra. Allí, por órden telegráfica del Marqués de la Romana, desembarcó el intendente Heras, y prosiguiendo su navegacion sin más demora ni contratiempo, el 2 de Octubre arribó la escuadra á la costa de Galicia; pero como recibiera aviso para retroceder hasta Santander, á este punto dirigió el rumbo. Torciósele una tormenta, que si no la puso en gran peligro, bastó á dispersar los buques, de manera que hasta el 9 no consiguieron fondear, por fortuna, la mayor parte: otros se salvaron ántes al abrigo del puerto de Rivadeo, entre ellos los que conducian una compañía de artillería y varios destacamentos de Almansa, del Infante y de la Princesa. Mandóse á éstos reembarcarse; parecióles molesto y aventurado, y prefirieron ir por tierra la vuelta de Santander á incorporarse á sus regimientos. Llegados allí, todos se proveyeron de armamento, calzado y equipo de campaña, que les suministraron los depósitos ingleses, y el 26 salieron para el ejército de la izquierda, que operaba en Vizcaya, los cuerpos de Zamora y la Princesa, el batallon de voluntarios de

Barcelona, precedido del de Cataluña, que habia ya enviado trescientos hombres á Castro-Urdiales, y los zapadores; la caballería, que necesitaba remontarse, se encaminó por Astúrias y Leon, á Sevilla y Extremadura.

Era esto á tiempo que la Junta Central, nuevamente creada, acababa de instalar su gobierno un mes ántes en Aranjuez. Formaba parte de ella el Marqués de la Romana, á quien se dió posteriormente el mando del mencionado ejército de la izquierda. Otros varios se organizaron; de Galicia y puntos limítrofes salieron nuevos refuerzos; de todas partes esperanzas y ayuda, que inflamaban más los ánimos en incansable teson y aliento. Tambien el Emperador frances, acrecentando sus mermadas huestes, y escogiendo para dirigirlas á sus más expertos y célebres capitanes, se disponia á acudir á España con su persona, que esto y más requerian las dificultades de aquel empeño. En Zornoza, el 31 de Octubre, y dirigiendo la accion el general Blake, combatió gallardamente el batallon de Cataluña: si allí se hubiera vencido, habríale tocado gran parte de la gloria de la jornada; no le hizo, sin embargo, desmerecer de ella el fracaso del vencimiento.

Trabóse poco despues la batalla de Espinosa de los Monteros. Gracias al valor y destreza de la infantería, cuyo nervio principal eran los expedicionarios de Dinamarca, acaudillados por el Conde de San Roman, el primer dia, 10 de Noviembre, no solo se hizo rostro al enemigo, sino que se le rechazó una y otra vez. Momentos hubo en que aquellos veteranos, más animosos cuanto más se encendia el conflicto, trajeron á la memoria la pericia, la impavidez de nuestros invictos tercios de Italia y Flándes; los demas,

como gente bisoña y allegadiza, obraban á la ventura, dando ocasion á pérdidas tan lamentables como la del Conde de San Roman, que cayó malamente herido, y murió despues en brazos de sus soldados. No se satisfizo Blake con ser vencedor á medias, ni con retirarse aquella noche, que hubiera sido prudente acuerdo, porque embestido de nuevo al dia siguiente por el lado en que flaqueaban más sus fuerzas, tuvo que ceder el campo, dejando en él no pocos muertos y heridos, entre ellos algunos jefes, y su artillería al pasar el Trueba, desbandándose los que quedaron con vida, unos hácia el valle de Pas por breñas y escabrosidades, otros á más lejanos puntos, y todos exánimes por el hambre y por el cansancio.

Así, en cuantas campañas sobrevinieron en lo sucesivo, ya coadyuvando al triunfo, ya víctimas de las contrariedades de la suerte, continuaron tomando parte nuestros expedicionarios, siempre animosos, resignados siempre, y fieles al juramento que, con antelacion al que se les propuso, tácitamente habian ellos proferido y consagrado en lo más íntimo de sus pechos. De su acendrada abnegacion dieron pruebas al año siguiente, cuando con su caudillo Romana cruzaron por el puerto del Palo la sierra de las Cabrerías, escasos de alimento, faltos sus cuerpos de abrigo, luchando con la dureza del suelo, de noche y en estacion rigorosísima, para caer sobre Villafranca y rendir á los mil franceses de escogidas tropas que guarnecian el pueblo. Y no ménos arrojo y disciplina mostró despues el batallon de la Princesa, de que ya se ha hecho mencion, pues penetrando arrebatadamente en Santander los enemigos, hubo de huir sin más jefe que un oficial á Medina

de Pomar, y atravesar toda Castilla y la tierra de Aragón hasta Molina, donde encontró por fin fuerzas que le amparasen. Que en esto imitó, porque no bastaba el valor pasivo, la célebre retirada de ochenta y seis leguas, emprendida á fines del año anterior desde las faldas del Moncayo á Cuenca por el aniquilado ejército del centro; y la no ménos famosa que llevó á cabo hasta el mismo punto el Conde de Alacha, con pocos, enflaquecidos y míseros soldados, por entre numerosos enemigos, salvando montes, breñales y atolladeros; que solo el forzoso empeño de la vida podia justificar resolucion tan desesperada.

¿Cómo, ni á qué propósito traer aquí los recuerdos de tantos combates como diaria é incesantemente se sostenian, ya en la parte central, ya en las extremidades de la Península, cuando no podrian servir ni áun para ilustracion de este discurso? Y en cuanto al móvil á que obedecieron nuestros fugitivos de Dinamarca, ¿quién habrá que no lo adivine, si á cada cual no se lo sugiere, áun ahora, su sentimiento? Porque pensar que ellos cedieron solamente á una afeccion nostálgica, nietos como eran de los almogavares, de los vencedores de Cerinola y Pavia y de los increíbles héroes del Nuevo Mundo, ó que, cual los cautivos sentados bajo los mustios sauces de Babilonia, suspiraban por el regazo de la amada patria para volver á la plenitud de sus pacíficas ilusiones, sería erróneo de todo punto, mayormente despues de lo que el Sr. Arteche indica sobre esta suposicion. Sentian la afrenta hecha á España por el invasor, que trascendia hasta ellos; veian talada su tierra, profanados sus templos y hogares por extrañas plantas, amenazados de muerte ó traspasados ya por injustos hierros los pechos de

los que llevaban su nombre, quizá aún los mismos que los habían amamantado; llegaban á sus oídos los lamentos de aquella noche mortífera, tan pavorosa para Madrid como alarmante para todo el reino; y entre encontrados afectos de venganza y amor, de ternura y ferocidad, de esperanza, de despecho, de incertidumbre y resolución, solo en sus manos hallaban fuerza y virtud para contrarrestar á su desventura.

Impropias de este lugar parecerían frases tan hiperbólicas, si no debiera atemperarse á la grandiosidad del hecho el realce de la expresión, proporcionándose asimismo al carácter peculiar de los accidentes. No acertamos apenas á concebir en medio de nuestra altivez, cómo somos nosotros hijos de una generación heroica, cómo han acontecido poco ménos que á nuestra vista esas proezas inverosímiles; pero cuando á través de su prisma las muestre el tiempo á las edades que nos sucedan, y el crisol de la verdad purifique cuanta escoria lleva en sí la hez de nuestras pasiones, la historia de ese breve período adquirirá proporciones épicas, y vivirá en la memoria de las gentes, como vive Numancia entre las llamas que la salvaron de la opresión de Roma, y como la España del siglo VIII, al inaugurar su batalla ocho veces secular contra el Sarraceno. Razon es que nos concedamos alguna vez el aplauso de nuestras acciones, ya que, según la exacta expresión de un escritor insigne, más nos hemos cuidado siempre de concluir las que de pregonarlas; á diferencia de los que tan crudamente entónces nos hostilizaban, que á fuerza de cantar sus glorias, ni aliento les ha quedado para defenderlas.

« Sí, Señores : las páginas más interesantes en la historia

de todos los pueblos son las que se refieren á los esfuerzos hechos por la conservacion de su independencia, y cuanto los esfuerzos sean mayores, serálo tambien el grado de alabanza que se les tribute; porque ¿quién comparará la merecida esclavitud de Bizancio con la opresion bárbara de Polonia? Pero cuando Arminio en el corazon de sus selvas aniquila á las legiones de Varo, disculpamos su falacia por el sentimiento patriótico que le anima. La independencia es á los pueblos lo que la libertad natural á los individuos: en cuanto á su esencia, dón otorgado por Dios como la vida; en cuanto á su materialidad, torre inaccesible levantada por manos de la misma naturaleza. Con el derecho á ser respetado, tiene cada país tambien el de defenderse, que ademas es un deber para todos los ciudadanos. Hizose, pues, España, al guerrear por su independencia, digna de tal derecho, y cumplió con su deber rechazando á mano armada á sus agresores. Y en nada desmereció su empresa por haberse valido de auxilio extraño: que á más de ser en tales casos lícita la alianza, y en el presente provechosa por igual á una y otra parte, sola y desapercibida estaba cuando dió el grito de insurreccion, sola aventuró arduos combates, y de su solo espíritu, que no de su robustez, sacó unas veces fuerzas para vencer, y ánimo otras para no desmayar, aun cuando vencida.

La injusticia de la agresion, la hipócrita falsedad con que se llevó á cabo, y la indignacion que naturalmente habia de producir en un pueblo honrado y pundonoroso tan humillante ultraje, fueron, en mi entender, las causas que motivaron aquel movimiento general, rápido y espontáneo, y como tal, turbulento é irreflexivo; causas y mani-

festaciones externas y materiales, por decirlo así, sin ninguna otra interior y oculta que sobre ellas influyera y predominara. Si esto se da por cierto, habrá de confesarse que yerran los que no sólo juzgan, mas califican aquel levantamiento de revolucionario; y doble y más dolorosamente se equivocaron los que, atendiendo á necesidades ficticias, pospusieron ó del todo menospreciaron las verdaderas que hubieran debido satisfacer. Si por revolucion se entiende, en el sentido estricto, la perturbacion, la ira que experimenta un país al ver en riesgo, y en parte amenguados ya, los tres objetos más caros de su existencia, la familia, la propiedad y la patria, estado revolucionario era el de España entónces; mas si su significacion se extiende á determinar un cataclismo en que, disuelta toda organizacion fundamental, todo se anule y se reconstruya, en que se reclamen nuevos derechos, ó conculcados ó desconocidos, y en que se invoque como supremo criterio la razon humana contra la autoridad de la tradicion y de la costumbre, en vano buscaríamos ese carácter ni esas aspiraciones en la España de 1808.

Napoleon, el mismo que trataba de avasallarla, conocia bien la indole de su pueblo, y la sangrienta y obstinada lucha que sostendria, pues á consecuencia del motin, que él tambien llamaba revolucion, ocurrido en Madrid el 20 de Marzo, escribió á su lugarteniente Murat, con prevision profética, en estos términos: «Habrá que lidiar contra un pueblo nuevo, lleno de valor y con el entusiasmo propio de hombres á quienes no han gastado las pasiones políticas..... Se harán levantamientos en masa, que eternizarán la guerra.» No esperaba habérselas con una nacion decre-

pita y medrosa, y esto precisamente estimulaba más su ambición y audacia; pero confiaba sobrado en sí y en su omnipotencia; que quien había vencido á las gentes y los rigores del Norte, no temía ver nublada su estrella en el sereno cielo del Mediodía. Y era así, que el pueblo español no se armó más que para la guerra; expulsar de su suelo al invasor y restablecer en el trono á su rey legítimo, fué su único pensamiento, su única conspiración política.

Huérfana España, al verificarse el alzamiento nacional, de un gobierno cuyo ascendiente inspirara respeto y confianza á la vez, dado que el Consejo de Castilla se había desautorizado por sus debilidades, y que la Junta suprema de Madrid se mostraba propensa á contemporar con el enemigo, se recurrió á la instalación de las Juntas provinciales, que no pudo adoptarse mejor consejo; porque reconcentrados en ellas el vigor y poder, en aquellos momentos tan necesarios, y compuestas la mayor parte de individuos de todas clases y condiciones, no solo eran genuina representación de sus comitentes, sino firmísima garantía de la unión de todas las voluntades. Organizada ya generalmente la resistencia, forzoso se hacia proceder de comun acuerdo, y dar á la dirección de los negocios aquella unidad y cohesión, sin las que todo impulso era vago, y toda fuerza insuficiente é ineficaz. La creación y nombramiento de la Junta Central atajó todos estos inconvenientes: componíase de personas dignísimas é ilustradas, que prestaron grandes servicios, ejerciendo con la mayor lealtad y celo la tutela de la Nación. Sembráronse, andando el tiempo, en su seno rencillas y desconfianzas, que alteraron su armonía, menoscabando su prestigio y autoridad; no la gozó más cabal la Regencia,

su sucesora; y como ninguna habia, ni en lo legítima ni en lo superior, que pudiera sustituir á la de las Córtes, indicadas de muy antiguo por los que más se preciaban de celosos y previsores, vinieron al fin éstas á levantar su suprema voz sobre aquellos rumores y clamoreos. Todo era buscar camino por donde más brevemente se llegase al apetecido fin.

Reunióse la Asamblea nacional en la isla de Leon el 24 de Setiembre de 1810. «Dia, por cierto, de placer y bienandanza, exclama el historiador á quien arriba aludimos, que se contaba allí en el número de los diputados; dia en que de júbilo casi querian brotar del pecho los corazones generosos, figurándose ya ver á su patria, si aún de léjos, libre y venturosa, pacífica y tranquila dentro, muy respetada fuera.» Y ésta era la opinion comun, y éste el comun deseo. Nada más oportuno y justo, nada más sabio que el renacimiento de aquel soberano cuerpo, regulador y árbitro de los destinos de la Nacion. Anhelando solo su bien, se consagró enteramente á su servicio; su buena fe, su acrisolado patriotismo, no pueden ponerse en duda; procedió con la mayor rectitud en todos sus acuerdos y decisiones: ¿quién osará mancillar su fama? Pero digámoslo de una vez: se anticipó á su época; erró involuntariamente por excederse en aquello mismo que procuraba. Si este juicio fuera mio, no me atreveria á indicarlo; de labios que entónces y despues se distinguieron por su elocuencia, pasó á mis oidos y se grabó en mi memoria, que lo conserva.

Anticipóse sin duda á las necesidades y exigencias de aquellos tiempos, ya durante el largo período extraordinario de su permanencia en Cádiz, ya miéntras el ordinario y efímero de esta ciudad y de su traslacion á la capital del

Reino. Formaba aquella Asamblea un conjunto, si no monstruoso, por lo ménos inarmónico y desigual: si los amigos de innovaciones y de avanzadas ideas eran muchos y gozaban de alto predicamento, no pocos y no ménos populares eran también los adversarios de toda reforma política ó social. Contábanse entre los primeros los hombres más ilustrados, los que presumían de políticos y de oradores, muy pagados de sí propios, muy regalistas unos, á lo Campománes y á lo Carlos III, muy admiradores otros de la Francia revolucionaria ó de la sábia Constitución inglesa; de los segundos, algunos se distinguían por su ignorancia, otros por sus pretensiones declamatorias, y todos por su desesperado monarquismo. Llamábanse aquéllos *liberales*; la denominación de *serviles* que se aplicó á éstos, prueba la profunda división que desde luego se estableció entre ellos, y la mala raíz que en sus principios echaban ya allí las formas parlamentarias.

Inútil es recordar qué de teorías extrañas, y aún peligrosas, se lanzaron en aquel recinto; el amor propio aguijado y el ánsia de lucimiento solían desconcertar á los más pacíficos y sensatos; los unos aplaudían, los otros se escandalizaban. En vez de secundar los esfuerzos de los que combatían en los campos de batalla ó en las poblaciones asediadas, se hacían entre sí la guerra más implacable; y léjos de idear reformas útiles y hacederas para cuando, sosegada y libre la Nación, hubiese en qué emplear aquel espíritu fogoso y vivaz de que estaba animado el pueblo, elaboraba una Constitución exótica para asombro y lección de los venideros. No es bien extremar la severidad de la censura; pero ¿cómo hombres de experiencia, repúblicos

háviles y prudentes, dieron el funesto decreto de 2 de Febrero de 1814, en que se mostraban tan altivos y recelosos con Fernando, el ídolo de los españoles? Torpe era sin duda el tratado de Valencey; pero más torpe fué aún dar en rostro con el agravio, y motivo ó pretexto al decreto del Monarca del 4 de Mayo, á las proscripciones y atentados que se siguieron, á la arrebatada y furiosa reaccion que trajo en pos tantas injusticias, y al sangriento rastro de calamidades que nosotros lloramos todavía, y que llorarán con más acerbas lágrimas nuestros hijos.

Entre tanto celebraba la Nacion con indecible júbilo la libertad de su Rey cautivo, y sin recelo ni contradiccion alguna, ántes vaticinando largos dias de ventura y paz, le asentaba, enajenada de amor, en el trono de sus mayores. Si las Córtes no comprendieron bien su verdadera mision, el verdadero espíritu que animaba al pueblo, el instinto popular era más sagaz; lisonjeaba á su ídolo, y no se contradecía. Pero ¿cuál era ese espíritu, que engendró tantos prodigios de entusiasmo, de fortaleza, de energía, de sensatez, y que en suma produjo el triunfo á que se aspiraba? ¿No lo habeis, Señores, adivinado? Era el espíritu de union, que alentaba y con estrecho lazo ceñía entre sí todos los corazones; el espíritu de union, que como demuestra nuestro nuevo Académico en su introduccion á la mencionada Historia, venció en Calatañazor y las Navas, en el Salado y Granada, donde quiera y siempre que brillaban las armas de Castilla y Aragon juntas con las leonesas y las navarras. Y si por tantos siglos se prolongó la dominacion musulmana en los reinos de la Península, culpa fué de nuestras discordias y banderías. Y si en los principios de

la invasion hubieran marchado acordes las gentes de todas las tierras libres, sin inclinarse los más occidentales al restablecimiento de la monarquía goda, ni los del opuesto lado á la alianza con los franceses, llana empresa hubiera sido acabar con los conquistadores.

Del órden político y civil, puede decirse lo propio que de las guerras. ¿Qué es el hogar doméstico, mundo abreviado de nuestra vida, cuando en vez de asilo contra las tribulaciones y desventuras que fuera de él nos afligen, nos ofrece solo un infierno lleno de odios, discordias y tempestades? ¿Qué es la patria, madre comun, cuando nosotros mismos desgarramos su seno con las armas que blandimos en nuestras luchas? Bien hacemos en llamar partidos á los que así se dividen y provocan en campos opuestos é irreconciliables; que no nos servimos ya de distintos medios para encaminarnos á un solo fin, sino de principios contrarios, únicamente conformes con nuestras pasiones é intereses individuales. De bárbaros é incultos acusamos á aquellos siglos que llevaban el furor de sus bandos familiares por comarcas enteras, campos y poblaciones: ¿qué ilustracion será la del nuestro, que no acierta á constituir nada ordenado ni duradero? Estos vientos que sembramos, dan frutos tan amargos como nocivos. Á un fanatismo sucede otro; á una ilusion desvanecida, otro nuevo engaño. Cerremos los ojos á las especulaciones de la política: abramos el corazon al sentimiento puro, noble, benéfico, de la felicidad de la patria, si aspiramos á la nuestra, que sólo obtendremos considerándonos como hijos de la misma madre, considerándonos como hermanos.

HE DICHO.

la invasión hubieran marchado acordes las gentes de todas las tierras libres, sin inclinarse los mas occidentales al establecimiento de la monarquía goda, ni los del oeste a la alianza con los franceses. Llana empresa hubiera sido de acabar con los conquistadores.

Del orden político y civil, puede decirse lo propio que de las guerras. Que es el hogar doméstico, cuando sobreviene de nuestra vida, cuando en vez de salir contra las tribulaciones y desventuras que fuera de el nos afligen, nos ofrece solo un infierno lleno de odios, discordias y tempestades. Que es la patria, madre común, cuando nosotros mismos desgraciados en seno con las ruinas que plantamos en nuestras lomas. Bien hacemos en llamar partidos a los que así se dividen y provocan en campos opuestos e irreconciliables; que no nos servimos ya de distintos medios para el camino a un solo fin, sino de principios contrarios, igualmente opuestos con nuestras pasiones e intereses individuales. De barbaros e incultos acabamos a aquellos siglos que llevaban el interior de sus bandos familiares por contenciones entre campos y poblaciones; que ilustracion será la del nuestro, que no acierta a constituir nada ordenado ni duradero. Estos vientos que sembramos, dan frutos tan amargos como nocivos. A un tantísimo suceso otro; a una nación levantada, otro nuevo engaño. Corremos los ojos a las especulaciones de la política; abrimos el corazón al sentimiento puro, noble, benéfico, de la felicidad de la patria, si seguimos a la nuestra, que solo obtendremos con ella, si abandonamos como hijos de la misma madre, considerándonos como hermanas.

He dicho.

